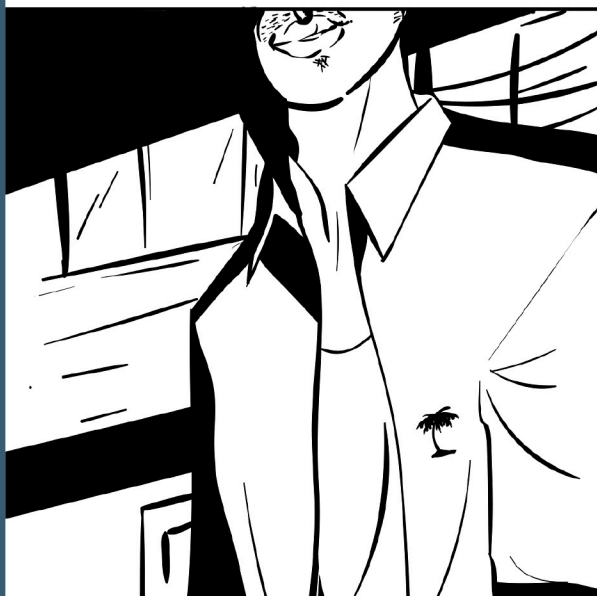
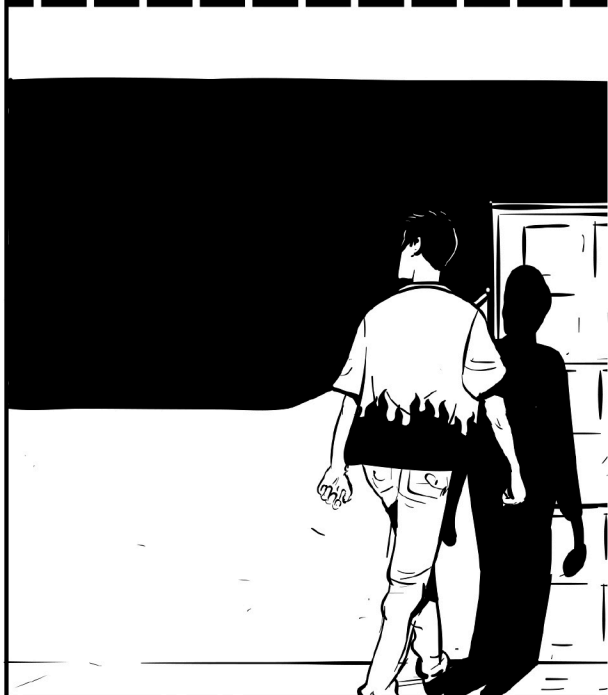


punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

No. 229
ISSN: 0188 - 381X

TE MOR




culturaUNAM



Unam
la Universidad
de la Nación

punto
de partida

No. 229

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi Escalante
Coordinador de Difusión Cultural

Anel Pérez Martínez
Directora de Literatura
y Fomento a la Lectura

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada
Redacción: E. Ramírez
Edición: Aranzazú Blázquez Menes
Diseño y dirección de arte: Jonathan Guzmán
Difusión: Axel Alonso
Impresión en offset: Litográfica Ingramex,
S.A. de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad
de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y
Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad
Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,
04510.
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx
Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a
puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección
de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN:
0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.
Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

 @Puntodepartidaunam
 @P_departidaunam
 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel
cultural de 90 gramos, forros en cartulina
Loop Antique Vellum de 216 gramos.

SEPTIEMBRE — OCTUBRE

EDITORIAL
TEMOR
CONCURSO 52
DE PUNTO DE PARTIDA

Editorial	5
xviii. Daniel Medina	8
<i>American Style.</i> Manuel Parra Aguilar	15
<i>Ascensos.</i> Luis Aristides Rodríguez Solís	19
<i>Conjuro al horror.</i> Karla Fernanda Osorio Lucas	24
<i>Todo se acaba siempre y se llora a retazos.</i> Ángel Téllez	29
<i>Barrio en las altas montañas.</i> César Coyotla Sánchez.	35
<i>Campanas mudas sobre tierra roja.</i> Juan Fernando Mondragón	40
<i>El vuelo.</i> César Santos	41
<i>Minotauros.</i> Jaime Jair Ortega de la Sancha	43
<i>Una vida en retroceso.</i> Julio C. Piña Valle	47
<i>Misocosmia.</i> Ivan Fernández	53
<i>Caparazones. Mi cuerpo casa.</i> Jazmin Galván	56
<i>Ya se veía venir.</i> Violeta Alejandra Santiago Hernández	60
<i>Happy Llama: una experiencia inesperada.</i> Xilonen Méndez Castellanos	67
<i>Algo dulce y una historia.</i> Víctor O. Martínez González	74
<i>Me estaba quedando ciego.</i> Alberto Casas Monreal	81
Colaboradoras	90



Victor O. Martínez González (Ciudad de México, 1996). Estudió Diseño Gráfico en la FES Acatlán. Obtuvo 3er lugar en el Concurso Anual de Carteles por el Día Mundial Sin Tabaco 2018.

ponle_vic_martz

vvic_MX



Editorial

Durante más de cinco décadas, el concurso de Punto de Partida ha celebrado la vocación creativa de estudiantes en el ámbito literario o artístico, muchos de ellos han seguido cultivando esta vena. Además de las categorías tradicionales, en esta edición se sumó la narrativa gráfica, lo cual hace eco de un género cuya popularidad ha ido en aumento y que en esta revista ha tomado presencia a través de la sección Tinta suelta.

En este último par de años, ciertas emociones se han acentuado por una contingencia que, lejos de acabar, muta para seguir en el horizonte de nuestros días. El TEMOR es sólo uno de ellos, y se hizo presente como un tono compartido por la mayoría de las obras ganadoras que aquí presentamos. Sin embargo, los miedos no son nuevos, siempre ha estado aquí el temor a la soledad, a la violencia, al futuro, a nosotros mismos, a la muerte o al fracaso. Así lo muestran nuestros colaboradores:

Comenzamos con el poema “XVIII”, de Daniel Medina. Ganador del primer premio, destaca por tejer lazos intermediales entre los *18 Cantos* de Barnett Newman —que marcan el ritmo de sus versos— y numerosas referencias culturales, expandiendo así el sentido de lo visual. El segundo fue para Manuel Parra Aguilar por “American Style”, una serie de nueve poemas que abordan la migración desde una perspectiva agri dulce y poco común, menos marcada por la nostalgia que por el desencanto del sueño americano.

Luis Aristides Rodríguez Solís, ganador en Ensayo por “Ascensos”, medita sobre la jerarquía y el anhelo de superioridad que permean las relaciones humanas. Por su parte, Karla Fernanda Osorio Lucas, autora de “Conjuro al horror”, sitúa a la colección de estatuillas de Sigmund Freud como una fuente de inspiración y confrontación para el psicoanalista. Continúan los ganadores del primer y segundo lugar en Fotografía: Ángel Téllez comparte una mirada íntima a la angustia, la esperanza, los cuidados y el dolor a través de la crónica visual “Todo siempre acaba y se llora a retazos”; mientras que César Coyotla Sánchez hace un registro contemporáneo de jóvenes de las altas montañas de Huatusco que construyen su identidad en torno a la cultura chola, el rap y el hiphop.

Juan Fernando Mondragón obtuvo el primer premio en Minificción con “Campañas mudas sobre tierra roja”, que narra la melancolía de un cuento que se quedó vacío. El segundo fue para César Santos: “El vuelo” habla de la crudeza de saberse ausente y sentirse atrapado en una vida que parece haber perdido el sentido. En la categoría Cuento el ganador fue Jaime Jair Ortega de la Sancha, autor de “Minotauro”, una historia que tiene como trasfondo la soledad, y como protagonista a una niña que busca evadirla a través de la imaginación. En el otro extremo, “Una vida en

CONTRAPORTADA



Ángel Téllez (Pachuca, 1997). Fotógrafo y periodista. Estudió Ciencias de la Comunicación en la FCPys UNAM. Obtuvo mención honorífica en Fotografía en el Concurso 50 de Punto de partida.





POESÍA



NARRATIVA



ENSAYO



ILUSTRACIÓN



FOTOGRAFÍA



NARRATIVA
GRÁFICA

retroceso”, de Julio C. Piña Valle, plantea al envejecimiento como un umbral de contrastes inesperados.

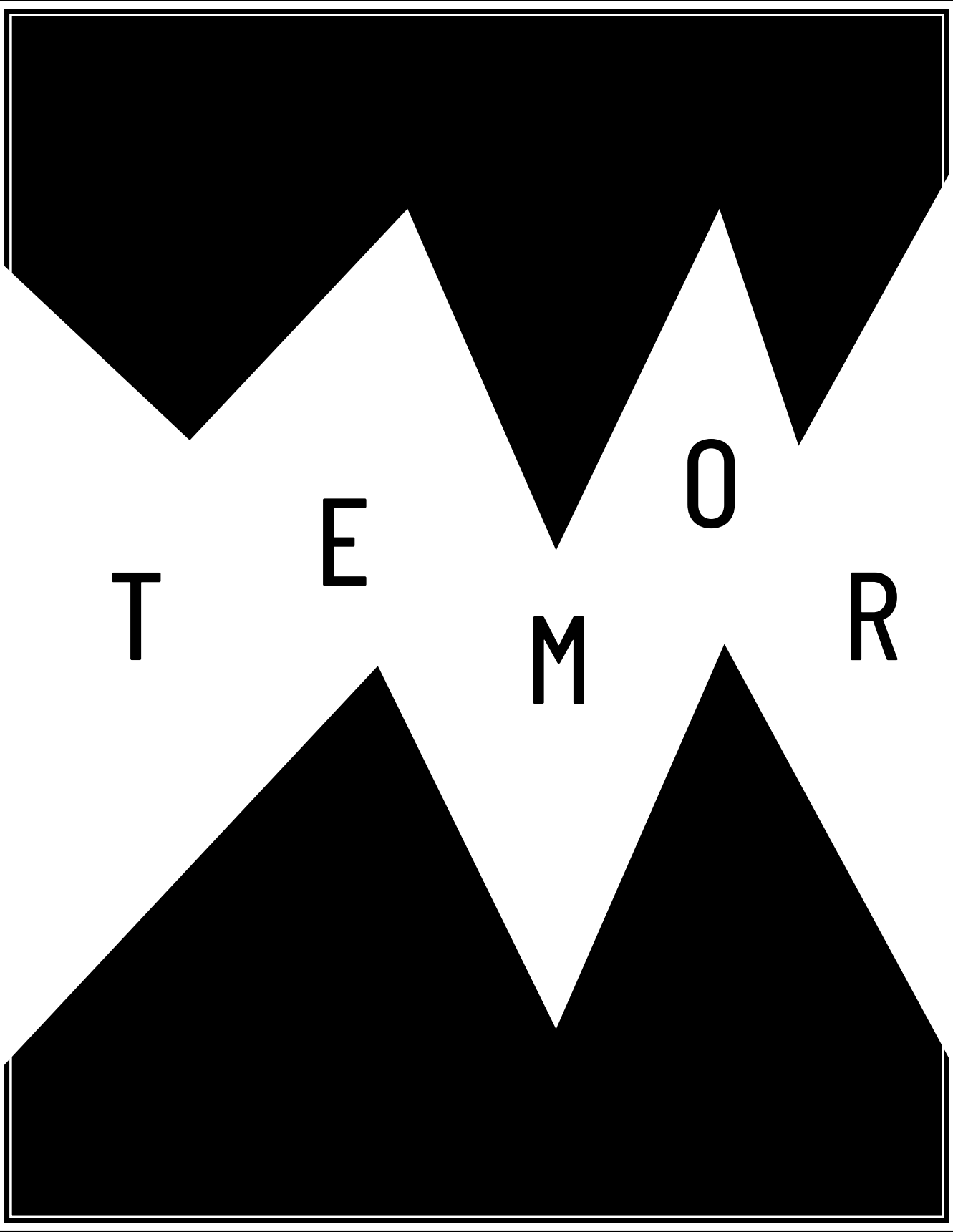
El primer lugar de Gráfica fue otorgado a Ivan Fernández, por “Misocosmia”, una serie monocromática y abstracta al estilo del tachismo. El segundo lo ganaron las ilustraciones de Jazmin Galván, “Caparazones. Mi cuerpo casa”, una exploración del hogar como algo simultáneamente móvil y hermético.

Violeta Alejandra Santiago Hernández obtuvo el primer premio por su crónica “Ya se veía venir”, un recuento doloroso de un asesinato en Agua Dulce, “ciudad convulsa, deformada” por la violencia, la corrupción y la indiferencia. El segundo fue otorgado a Xilonen Méndez Castellanos, quien narra las emociones y conflictos de una comunidad que se formó inesperadamente en una casa limeña a partir del confinamiento.

Cerramos con los ganadores de Narrativa gráfica: Víctor O. Martínez González es creador de “Algo dulce y una historia”, y Alberto Casas Monreal de “Me estaba quedando ciego”; ambos muestran estilos y argumentos originales, el primero en la línea de la ficción y el segundo en la del cuestionamiento existencial. Para acompañar los escritos de este número convocamos a mujeres artistas a que compartieran sus visiones sobre el temor, agradecemos la respuesta de Yoalli Lora, María Ochoa López, Camila Sánchez Mejorada Buen Abad, Paulina Leyva, Pliplila y Rosa Erendira Gallegos Meza.

Nunca dejará de impresionarme la sintonía que se logra, de manera casual, entre las propuestas gráficas y literarias que aquí convergen. Ojalá disfruten tanto esta edición, que el único temor sea llegar a la última página. 

Aranzazú Blázquez Menes





XVIII

DANIEL MEDINA

Poesía: Primer premio

a partir de los XVIII Cantos de Barnett Newman

I

un dios-Pez en una bolsa de plástico
la palabra correcta es *microppina*
un dios-Pez que juega a zambullirse
algunos metros otear en la ola borde
y predecir el futuro de su especie:

polietileno en su densidad más baja.

su sueño es que lo blanco deje de ser blanco.

II

imagina que naces en Wellington,
Nueva Zelanda. Es diciembre 26
del 2038, la hora: 2 con casi 20.

un olor parecido a gasolina
abre tus fosas nasales, las vuelve
un tobogán azul con agua tibia.



edificios altos pero en serio hacen
sombra —hay una película, dices
: *la nueva vida de los nuevos árboles*

en ella pasa que un eclipse histórico
deja ver el fin del mundo en Wellington,
N. Z., año 2038 a las 2 con casi 20.

miras a la única mujer que cruza la calle:
piensas en el mito de A&E y la saludas.
ya es noche, Hideaki Anno escribe el final.

III

cómo te explico lo evidente: cómo te explico la importancia de los catálogos
razonados: cómo te explico, al partir una tabla de ébano por la mitad, el inmenso
valor de las astillas: cómo te explico porqué Ip Man vestía tan oscuro, y golpeaba
una y otra vez el mismo árbol: es que no te fijas nunca: es que piensas en la *cosa*
valorando tu visión: dices *yo tengo un parámetro*: más importante aún, dices *lo bello*
es bello por sí mismo: cuando describes algo te tropiezas: amas el *espíritu*: tu devoción
vale lo mismo que un león azul a medio ártico.

IV

gusano oscuro Alphonse Allais

sueña con teatros y cuevas

V

dicen que era diestro
 dicen que dios era diestro
y aprendió a volar en sudamérica.
 al interior de sus párpados
veía grumos y hongos,
 volaba sobre ellos
dejando dibujos impecables.
 amó la tierra
y se fue feliz
 al otro lado
: tan sólo nos dejó
 arcilla terracota ocre
ay, las pampas de Jumana.

VI

hágase la línea y no la luz,
 hágase
a) un puerto lleno de bruma
b) un auto convertible
c) un iceberg y su sombra.

VII

hay algo oscuro y siniestro en la palabra *mar*.
de tan constante, mar significa *no he terminado*

nunca de nacer y me refugio en este símbolo
tan húmedo, patético, involuntario.

VIII

un tazón de verduras retratado por Yves Klein
:
 una hoja que se vuelve azul cuando otoñea.

IX

¿SABÍAS QUE...?
en general se asume que cualquier forma de vida extraterrestre estará basada en
nuestra química fundamental, ya que los cuatro elementos primordiales (carbono,
hidrógeno, oxígeno y nitrógeno) también son los elementos más comunes del
espacio.
[Nadie sospecha que ahora mismo, en Kepler-78b, la depresión no existe: sus
pobladores toman el sol como martinetes colorados.]

X

brasil brasil brasil
que se escurre por eso mismo vivo
en el muerto que lo instaura.
la bandera no posa ¿un ser
que no será? mas es
brasil busto barco
 bacteria.

XI

falta de claridad o transparencia: un guiño a la operación Lava Jato.

XII

puedes cantar como un canario
puedes ser virtuoso pero sólo tocarás
buena música si sabes hacerlo en orquesta:

(dida
café lucio juan roberto carlos
silva kaká juninho ze roberto
ronaldo ronaldinho)

ah, qué verde se torna el amarillo cuando quema.

XIII

el publicista de Scotch-Brite
visita Sothebys
y se hace millonario.

XIV

la piel es un recipiente: zona habitable y cardiovascular: las lenguas no están vivas
sino por los nudillos: un animal (por ejemplo un alce) abstracto: *finojo hinojo
jinojo añojo chipojo rampojo despojo rojo garojo marojo abrojo escarambrojo redrojo
perujo grojo sonrojo corujo morujo arrojo infrarrojo ultrarrojo pintarrojo cerrojo
ferrojo verrojo*: el arte y su didáctica: un resumen: ¿cuántas de esas palabras las
conoces?

XV

cuando decimos planeta rojo queremos decir Curiosity
cuando decimos planeta rojo queremos decir Perseverance
cuando decimos dos rovers marcianos queremos decir gemelos
y cuando queremos decir gemelos decimos mejor no: “gemelas”
entonces se trata de Diane Arbus: cuando decimos planeta rojo
queremos decir cosas que soñamos.

XVI

rojo, ja

del lat. *russus*.

- 1. adj. Dicho de un color: semejante al de la sangre o al del **tomate maduro**,
y que ocupa el **primer** lugar en el **espectro** luminoso. U. t. c. s. m.
- 2. adj. De color rojo.
- 3. adj. Rubio (|| de color **parecido** al del oro).
- 4. adj. Dicho del pelo: de un rubio muy **vivo**.
- 5. adj. Izquierdista, **especialmente** comunista. U. m. c. s.
- 6. adj. En la **guerra** civil española de 1936-1939, republicano. apl. a pers.,
u. t. c. s.
- 7. m. Colorante o pigmento utilizado **para producir** el color rojo.
- 8. m. Señal de **tráfico** de color rojo que, en los semáforos, exige detenerse.
Al ver el rojo, paró inmediatamente.

XVII

en el MoMA online: basta ya del *rojosangre*, by Heráclito

el Oscuro de Éfeso nos presenta una recontextualización de su multicitada obra “ningún hombre puede cruzar el mismo río dos veces, porque ni el hombre ni el agua serán los mismos”, situándola ahora en el ciberespacio. tal como nos tiene acostumbrados, el Oscuro ejerce una crítica mordaz que visibiliza los problemas de su época y nos invita a pensar, como nunca antes, la herida máxima del siglo XXI: la violencia inabarcable. para visualizarla a través del Street View simplemente deberá ingresar a Google Maps y allí colocar las siguientes coordenadas: 33 23’46.08”N 44 29’17.03”E.

XVIII

vemos una catapulta realizada con espina de camello, una bola de fuego por encima. el mecanismo no funciona. se anuncia, sólo entonces, el fin de esta era. eón rojísimo, espejeante.

Nota [o grafía: 18]

La penúltima línea del poema V se desprende de “El primer libro” de Soledad Fariña.

Las cursivas marcadas en el poema VIII corresponden a la paráfrasis de un verso de Paul Celan, incluido en “Amapola y memoria”, en traducción de José Luis Reina Palazón.

El poema X, por su parte, es una intervención al cuerpo textual de “Palabra” escrito por Carlos Drummond de Andrade y traducido por Maricela Terán.

Las primeras líneas del poema XII corresponden a la introducción del más célebre comercial de Nike-Joga Bonito.

La hilera de palabras del poema XIV es tomada del “Diccionario Inverso de la Lengua Española” (1987) de Ignacio Bosque y Manuel Pérez Fernández.

Como es lógico, el poema XVI deviene de la Real Academia Española.



American Style

MANUEL PARRA AGUILAR

Poesía: Segundo premio

A Julia Melissa Rivas Hernández

Identities of someday

Hacia el otro lado del Freeway ha cruzado la gallina.
(Antes su plumaje de color naranja era más honesto;
Era de un modo distinto, no recuerdo cómo.)
Aquí se encuentra el huevo,
Allá el cuerpo patalea todavía.
Hacia el otro lado del Freeway ha cruzado la gallina.

(& son contados los arizonianos
Que no quieren a los mexicanos.)

After a visit to Salton Lake

A mi padre, in memoriam

En Salton Sea
Vi blancos pelícanos
Que regresaban al agua a las grises tilapias.

Sobre una peña
Los fantasmas de Sinatra & Lewis lanzaban la caña de pescar:
Flop-flop,
Era el ruido del hilo encarnado
Al entrar de nuevo al agua.

En la huida resaltaban las blancas aves
En el rojo atardecer...

Baker Butte Road

Una noche de noviembre, bajando por Baker Butte,
Atropellé un alce.
El animal estaba todavía vivo cuando llegó el oficial de camino.
Una de las astas permanecía clavada en el radiador del Ford.
El animal agonizaba
& su lamento era una mezcla de dolor & temor.
El oficial me llamó hacia atrás de la camioneta;
Dijo que el alce era un macho,
Dijo que en esa época del año cruzan la carretera en busca de pareja para aparearse.
Me pidió el permiso del Departamento de Caza,
Le dije que de haber sabido que mataría un alce,
Seguramente hubiera sacado ese permiso.
El oficial me pidió 400 dólares por dejarme ir,
Más otros 50 por llamarle a un servicio de grúa, amigo suyo.
El precio me pareció justo en ese entonces:
Pronto iba a nevar & estaba seguro de que el alce ya no tenía miedo.

In the hospital

Esto es lo que sé:
Las conversaciones son en inglés.
Hablan del chico hondureño apedreado en Chula Vista.
Lo traen al hospital, inconsciente.
Los gritos de las enfermeras llegan al comedor.
Es probable que no sobreviva esta noche,
Dicen las comensales, una de ellas es negra.
(Hasta el día de ayer pude pronunciar de modo correcto su nombre.)
Hay una quietud aparente cuando voltean a verme; cuchichean de nuevo:
Ellos se matan entre sí,
& eso está bien, supongo.

Warning for dollars

No tenemos nada que decirnos.

Toda la noche hemos escuchado el sonido de las goteras en la cocina.
El viento sacude el maizal
& en la oscuridad ese áspero sonido nos dice cómo se rozan las ramas entre sí.
Durante el día el sol calentaba la mierda de los caballos,
Dejando el establo perfumado.
Vomitó dos veces & el perro lamió dos veces la mantequilla.

Ven conmigo al jardín.
Salgamos a ver las estrellas.
Piensa en los dólares que ganaremos.

Gila’s Sonoran Desert

Aún estoy a tiempo de recordar.
Hago memoria de aquello.
Cruzamos por el desierto, en medio de estanques ilusorios.
Había un sol gratuito para todos;
Un sol que nos separaba de lo que antes nos unió.
Aún oigo el cerrar las puertas, el poner los cerrojos de la troca.
Pese al calor, pese a la lágrima, guardábamos la compostura.

No podíamos ni respirar.

Close to Tumbleweed Park,
a dead body is the least of your problem

Cerca de Tumbleweed Park
Las manifestantes ofenden al señor gobernador al enseñar el culo & las tetas.

Los migrantes suben a camionetas modificadas.

Chap,
Chap.
Se acercan.
Chap,
Chap.
Se alejan.

La comunidad latina pide trato igualitario
Arrojando piedras que se transmiten por televisión nacional.

Fuck your mother, rodeo clown

La solitaria vaca se tendió, una vez más, en el rodeo, lamiendo la gruesa sal de la sangre,
asfixiada por el calor, aturdida del pitido & los aplausos.
Fucking your mother, rodeo clown.
La vaca única solitaria, la única vaca haragana del rodeo.

For less than one dollar

La única prenda disponible tiene un hoyo,
Está corroída de los holanes;
Pero qué más por menos de un dólar, Dress For Less.
Tiene la talla exacta que mi cuerpo necesita, so great!
El jingle anuncia el inicio de los *saldos off* del invierno.
Quise decir chico & dije *Small*,
Quise decir amarillo & dije *Yellow*,
Quise decir oferta & dije *Sale*.
Si fuera bella seguiría el camino de Marilyn.
Sólo aquí hay más rebajas que en otros lados.

LUIS ARÍSTIDES RODRÍGUEZ SOLÍS

Ensayo: Primer premio

...ya que la ruina de los cimientos entraña necesariamente la de todo el edificio, me concentraré primero en los principios sobre los que todas mis antiguas opiniones se habían fundado.
Meditaciones metafísicas, René Descartes

...el sueño nos transporta más allá de la verticalidad. Pero el más decisivo más allá ¿no es acaso el que está arriba? Hay sueños en que lo de arriba olvida, suprime, lo que está abajo.
La llama de una vela, Gastón Bachelard

Pliplila. De la serie Arquitecturas del miedo

Los cimientos no son el único fundamento de los edificios. También el sueño de altura corroe a las cosas rectas; la caída comienza con la ruina de la verticalidad. Quizá por eso se derrumban las meditaciones. A veces, el peso de la construcción recae en el camino ascendente —o en la caída— que se dibuja al subir la vista a la techumbre, o en la cuenta de los pisos. Entonces, uno quiere quemarse en la cima lo más pronto posible, arder en picada hacia el cielo.

Hablo de la fascinación por los ascensores. No sé decir con precisión si es más adecuada la palabra *elevadores*. Prefiero sobre todo la primera. La elevación es un efecto producido con cierta distancia; elevar es colocar otra cosa, diferente, en un lugar más alto. *Ascender* es un verbo que evoca el camino personal. La elevación se puede asociar a lo fingido; en cierto modo, un ascenso apoyado por trucos de poleas. En este caso, el truco debe permanecer en la sombra. La magia requiere un prestigio, una sorpresa. Sin este misterio el edificio se derrumba desde sus planos. Por eso elijo la palabra *ascensor*.

Las maneras en que se erige una construcción son, además, azarosas. En la calle de los Molinos del Rey hay un edificio departamental sobre una barranca. Una montaña resquebrajada soltó un pedazo del talud de la parte oeste del edificio. El pedazo cayó justo donde vive un anciano. Después del accidente, los vecinos aceptaron aumentar la renta para pagar la reparación. El edificio tiende al precipicio. Sin embargo, cuando el dinero ya era suficiente, los vecinos prefirieron colocar un ascensor y dejar sólo una red de contención donde el edificio se despeña. No se puede saber si caerá algún día; no importa. Sólo ellos conocen el daño verdadero, el más profundo. Por lo tanto, sólo ellos entienden la cura. El sonido de los autos



se acerca a sus ventanas; los cimientos son casi un puente sobre la carretera. Pero su mirada se detiene en un solo eje: el del ascensor. Puede parecer temible la sed de estos vecinos. Sed por un peldaño más de fama en su colonia. Un sueño de superioridad, indiferente al derrumbe de sus habitaciones. A punto de morir, al viejo le cae un talud en el patio. Parece absurdo resarcir la catástrofe si no se tiene nunca, aunque sea por un instante, el poder de levantarse sin desaguar las piernas en la tierra. La nostalgia por el mar comienza con el ascenso de su horizonte; la imagen náutica del explorador encuentra su heroísmo cuando la proa alcanza a tocar el sol y desaparece.

Se cuenta que Tales de Mileto murió al caer en una zanja, por ir mirando al cielo. Quizá, como los vecinos en Molinos del Rey, soñaba con ascensores para partir las nubes. Todas las cosas tienden hacia algún abismo, un hueco silencioso, acuático, de profundidades que se disuelven en lentos desaparecimientos. La torre ejecutiva de la empresa que me contrató, a unas cuerdas de los Molinos, también se levanta en torno a un ascensor. Durante alguno de los simulacros posteriores al sismo del 2017 escuché al arquitecto decir: “un poco más duro el temblor y sí se cae el edificio”. Sólo el ascensor y el último piso tomaron el tiempo debido de diseño y construcción. El resto se improvisó, ya sea por la premura de entregar la obra o, tal vez, porque siempre es mejor invertir primero en el ascensor y las

oficinas principales. El cuerpo pende de un hilo invisible en esta torre. Después del ascensor todo se disuelve. Fascinación confusa que se abre desde el pecho como el rugido de los tigres. Nada en las eras del trabajo, del desgaste y del sudor, vale durante estos ascensos. Magia: habilidad y poder; de la raíz *magh*, indoeuropea, transformada por los antiguos griegos en fuerza y movimiento: mecánica. Por eso Tales aparece todavía en nuestros diccionarios de ciencia. En el principio era el agua, dejó establecido, pero miraba todo el tiempo al cielo. En la memoria de las ideas hay miles de miradas suspendidas en ascensos y elevaciones. Las eras del ascensor son las del imán hecho costumbre, la acción a distancia tomada por cosa simple; el ímpetu sin el roce, cuerpos que se elevan. La fantasía del ascensor es más poderosa que el sentido mismo de la verticalidad. Nada vale estar de pie si no se puede ir a voluntad en perpendicular al mundo.

La mayoría de los dioses depende de la línea que se despliega infinitamente en perpendicular a la mirada, por eso se les busca después de las nubes. Por ejemplo, los trabajos de Elohim, los pactos con su creación —abrogados después por el roble y la sangre— se pueden resumir en la escena en que Elías sube a la montaña. Acaso podrá apenas ver la espalda del titán como un susurro entre la ruina, si tiene suerte. Pero se mantiene quieto, aguardando la palabra en un pasmo de voluntad sólo explicable por cada paso de su bastón sobre la tierra. Qué hubiera pasado si algún arquitecto distraído hubiera colocado un ascensor en la garganta de aquel monte. Sin duda, habría sido Dios quien esperara.

El ascensor es un símbolo que supone la existencia de un animal capaz de cruzar el espacio más allá de los límites de su cuerpo; hermetismo evolutivo, supresión de los caminos, negación de las lecciones y de los peldaños. Experiencia de la nulidad en movimiento alojada en nuestra biología. Contradicción edificante; superioridad de lo nulo que dirige secretamente el porvenir, desde el día en que el animal dio cuenta de la dificultad y la distancia. Una pregunta simple, una palabra, y comienzan los intentos por llegar más pronto a todas partes.

En la oficina principal de la torre se trabaja con habitualidad hasta la noche. Dos palabras: cumplimiento y compromiso; luego dormir un poco y checar el día siguiente a la hora estipulada. Presencia indispensable pero ajena. Necesaria ética sin horarios, sólo encomiendas, lo que cueste. La vida misma es una sombra, moral de precipicio. Recuerdo a un compañero detenerse a mirar la ventana del ascensor. Un bagre mira las montañas que rodean su acuario. El paisaje es de un rosa tenue, casi rojo. Dice: “Hace tiempo que no veía la tarde”, con espléndida ligereza. Imagino los 20 años que ha escarbado el mismo puesto hasta perder el horizonte. Ha extraviado los movimientos del cielo. Pero las cosas seguirán su curso. Al final de esa montaña no hay nada que esperar. La tarde desaparece con los puntos cardinales. “Nos vemos mañana”, se repite una y otra vez en un ir y

venir vertical de voces que no encuentran otra cosa que decir. El silencio se confunde con la música ambiental, parodia infinita. Lo dicho en el ascensor evita la precipitación de los extremos, detiene las paredes, para que no se estrechen de súbito entre sí. No hay nada después de la leve impresión de futuro que subyace a los “hasta mañana” y “hasta luego”. Qué si dejáramos de decir lo mínimo, de engañar al día, agradecer el empleo y predecir el clima. “El futuro es de fantasmas y pasado”, dijo Derrida en alguno de sus libros. El tiempo se deseca en la repetición de los instantes. El presente está hecho de olvido; *damnatio memoriae*: condena de estatuas sin rostro.

El ascensor se construye, a la vez, como un centro fisiológico y espiritual. El arquitecto revela una pasión casi instintiva en su diseño, donde el cuerpo pesa lo que la materia puesta sobre el agua cuando se escurre entre los dedos. El ascensor exhala realidades que se desvanecen ante los ojos. La torre se mide por un rastro, la esencia que va dejando el espectro del ascensor en cada vuelta. El edificio esconde allí el orden de sus funciones vitales, en la vida pendular del ascensor.

De la recepción al séptimo piso,
en la línea media de su forma,
atraviesa por el corazón
el puente coyuntural de sus arterias
que palpan sobre un botón
y abre la puerta, respira.

Se suman todos los destinos que sólo ven al suelo. La respiración irreversible del edificio es el conjunto de todos los abismos posibles. Las arritmias se multiplican en una sola; la fuerza del insomnio se duplica en la presión que mantiene unida la cabeza al cuerpo. Sólo importa, quizá, la física del húmero en ascenso libre o la parabólica del cráneo desde la azotea; los huesos por la tarde, frágiles, que se desprenderían a la velocidad equivalente de un repentino impulso de catapulta que atravesara una o dos hormigas —fumando juntas en el acceso principal— hasta fundirse el tuétano con la tierra de las jardineras. Cuando se ha puesto el empeño en ascender morir es una burda coincidencia, *morirar ergo sum*. A las vísceras les urge llegar lo antes posible. La herejía de los cátaros reclama un último capítulo. Santo reclamo a un Dios que se ha cansado de esperarnos. He ahí el aroma de la prontitud: colgar el teléfono a destiempo, decir lo que no se debía decir, entregar el edificio antes de levantar sus columnas, morir cuando no es todavía el momento. Al hijo de Dios le tomó tres días ascender verdaderamente, ni antes ni después, sin ejes metálicos ni poleas, dicen los sabios —que también alaban ascensores—.

En esto conviene recordar el instinto de las polillas: la voluntad de conducirse hacia la luz para morir. *Sitio*, la quinta “mismísima” palabra del Cristo



sobre la cruz: tengo sed. *Llegar*, pensé alguna vez, era agotarse con la llama: el momento final, sin demoras ni excesos. Pero se ha descubierto, en cambio, que estos insectos, viajeros por naturaleza, se ordenan con la noche en migraciones habituales, y se orientan a oscuras con la línea invisible de la luna. Perdida está también la polilla en nuestra alcoba, persiguiendo lumbres artificiales. Hay en ello una magia engañosa, fama de lo intangible. El ascensor es la fascinación de un destino universal desarticulado.

No se muere, en realidad, cuando se elude el tiempo. Sólo se extinguen palabras a medias en el aire. El anciano de los Molinos del Rey murió poco después del accidente sin saber que pudo haber llegado más pronto a su habitación. **P**



Conjuro al horror

KARLA FERNANDA OSORIO LUCAS

Ensayo: Segundo premio

1.

Freud fue un gran coleccionista. Así como Heinrich Schliemann exhumó el esplendor de Troya, el padre del psicoanálisis —quien confiesa haber leído más acerca de arqueología que de psicología— se veía a sí mismo como un arqueólogo de la mente. En lugar de rastrear viejas ruinas, su labor como terapeuta consistió en descubrir las profundidades del inconsciente humano.

El gusto freudiano por este saber primitivo se trasluce en las excavaciones que financió junto a Sándor Ferenczi en Hungría, y en el tráfico de antigüedades que terminó por darle forma a su muy amada colección de objetos antiguos —sobrevivientes hoy a la muerte del dueño—. Pasión que, según Max Schur, su médico de cabecera, fue sólo superable por el tabaco. Hay en el acto de coleccionar un cariz misterioso que se distingue del mero ahínco burgués por acumular, una motivación que permanecerá inconfesada, pues misterio alumbrado es misterio apagado. En medio del neurólogo austriaco y sus piezas se urde un extraño vínculo que vacila entre la posesión y la preservación, movimiento dialéctico en el que sobrevive Freud mismo. El coleccionismo: ¿un bálsamo que aminora las grietas del tiempo y de la muerte?

La devoción que el psicoanalista profesó a sus antigüedades soportó, incluso, la ocupación nazi. Tras huir del departamento que habitó junto a su familia durante más de 30 años en la calle de Berggasse en Viena, logró llevar consigo todos sus objetos. Después de tal hazaña, no hubo manera de que se separara de esas viejas estatuillas ni obstáculo que le impidiera replicar el ambiente museístico de su consultorio en la casa londinense que le sirvió de morada hasta el día de su muerte.

Como a todo gran coleccionista, a Freud lo rondó un espejismo: el orden. Si toda colección no es más que una serie de desarreglos que de tan sabidos adquieren una apariencia ordenada, razón tenía Walter Benjamin al afirmar que “toda pasión raya en lo caótico, pero la pasión del coleccionista raya en el caos de la memoria”. Ocupado en reunir lo disperso para construir un sistema nuevo, y en establecer un sentido, el médico judío depositó en sus antigüedades el carácter mágico de aguardar sus reflexiones. A la manera de Unamuno, quien sólo podía pensar cuando tenía un lápiz

✍ María Ochoa López



Placeres

en la mano, Freud lo hacía sostenido de un objeto. Eran una provocación, el dique que sostenía la marea del pensamiento.

Rindiéndole entera justicia a su colección, afirmaba que sus piezas le daban cuerpo a sus ideas volátiles. Las preservaban de la desaparición. Lo puedo ver de un extremo a otro en su consultorio, obsesivo, pensando con un objeto entre las manos. En 1899 escribe en uno de sus diarios: “mis viejos y sucios dioses colaboran en mi trabajo como pisapapeles”. El peso que las divinidades ejercían sobre la escritura freudiana impedía que sus ideas huyeran volando. Rodeado de tan antiguos dioses, testigos del nacimiento de imbricadas teorías, Freud jamás pensó en soledad, la fuerza de las deidades estuvo siempre a su lado.

Entre sus antigüedades o, mejor dicho, entre esas representaciones del inconsciente, se hallaban algunas estatuillas de diosas de la fertilidad y una pequeña escultura labrada en bronce de Isis amamantando a Horus. ¿Qué relación habrán tenido con su teoría de la libido? Junto a ellas se encontraba una miniatura romana del dios Thot vigilada por la de unos guerreros etruscos. Poseía también joyas antiquísimas que en ocasiones regalaba o utilizaba para adquirir otros objetos, como los anillos y gemas que



repartió a cada uno de los integrantes del Comité secreto, un grupo de especialistas fundado en 1913 con el objetivo de darle al psicoanálisis un nuevo viraje, pues para ese entonces pasaba por momentos críticos.

De la regalia, la transacción y el canje, su colección fue tomando anchura. La utilidad de sus piezas iba por encima del ornamento. Al tratar a sus pacientes la figura del dios Uchebi, por ejemplo, le ayudaba a entablar una analogía entre la pérdida del color que había sufrido tras ser desenterrada y el cambio que se manifestaba en un síntoma psíquico al salir a la luz, cuya identificación ayudaría a desentrañar, tarde o temprano, la enfermedad.

2.

En el año 2000 fue posible observar algunas de sus antigüedades en la exposición *Sigmund Freud. Coleccionista* en el Antiguo Colegio de San Ildefonso. Entre ellas, una estatuilla de la cabeza de Medusa. Me intriga saber qué lugar ocupaba en su consultorio. La aventuro sobre su mesa de trabajo, descansando junto a otros dioses de lejanas culturas. ¿Qué pensamiento freudiano habrá cruzado por sus ojos hasta quedar petrificado?

En el ensayo “La cabeza de Medusa”, el psicoanalista encuentra en la decapitación que sufre la reina del terror por parte de Teseo un sinónimo de la castración. Sinónimo: un parecido, en absoluto una igualdad bilateral. Un símbolo emasculatorio. El pavor que esa criatura mítica inspiraba en los hombres que veían su rostro no era el miedo a convertirse en un pedrusco inerte, sino a ser despojados de su sexo. El horror era detonado por una de las visiones más ruborizantes que ningún humano —aun siendo huérfano— desearía ver nunca: los genitales maternos. La imagen de Freud niño siendo bañado por su madre me viene a la mente. Lo imagino de espaldas a la pared completamente aterido mientras el agua cae. Pálido de miedo al ver esa cabeza de la Gorgona envuelta no por serpientes, sino por encrespado vello.

La caracterización freudiana se aventuró todavía más. En ella, Medusa no sólo es despojada de sus cabellos reptilianos, también le es arrebatado el poder de transformar en piedra a todo el que se atravesara en su mirar para serle asignado otro no menos extraño: el de provocar una erección. Al tropezarse con la desnudez de su creadora, el mirón quedará rígido. Tal enhiesto causa en dicho espectador un profundo alivio, pues funge como el recordatorio de que su órgano sexual sigue pegado a su cuerpo y, alegre de su existencia, lo celebra mostrándolo con galanura. El miedo a la castración es detonado por el complejo edípico. Desea a su madre y al mismo tiempo ella lo aterra.

Enseñar los genitales es igualmente una acción apotropaica. El terror desatado por Atenea en el campo de batalla es desmesurado porque lleva en su escudo el sexo de su madre, y aquello que provoque el horror

en uno mismo lo causará de igual manera en el otro; así ocurre en Rabelais, cuando “el diablo emprende la huida después que la mujer le enseñó su vulva”. Según Freud, el efecto apotropaico de la erección como petrificación significa: “No tengo miedo de ti, yo te desafío, yo tengo un pene”.

¿Cuál es el terror que se oculta bajo la mirada de Medusa en los genitales maternos? En el texto “Lo ominoso”, el neurólogo menciona que el horror o lo siniestro es una experiencia próxima al espanto o a lo espeluznante. A diferencia de éstos, el horror parte de una profunda contradicción. Por un lado se trata de lo extraño, de lo extranjero y, por otro, remite a lo más íntimo y familiar. Indica un adentro y un afuera que refiere al sujeto mismo, aquello que se desea al exterior pero que el interior reprime. Lo que se escenifica es el desconocimiento de sí, pues lo espantoso es desconocer lo que se quiere. O lo que es peor: negar aquello que se desea.

A través del cuento “El hombre de la arena” de Hoffman —“maestro inigualado de lo ominoso” según Lacan—, Freud relaciona el horror al ámbito de la mirada. El maligno ser que arroja arena a los ojos de los niños que se niegan a ir a la cama hasta hacerlos sangrar personifica uno de los temores que acongojan el alma de los hombres: ser despojado de la vista. El pavor a quedar ciego es para el psicoanalista equivalente al de ser castrado, pues hay en los sueños, en las fantasías y en los mitos una mutua sustitución entre el ojo y el órgano sexual masculino.

La visión de la cabeza de Medusa representa el miedo a ser un fragmento. Un pedazo de hombre y de cuerpo. Su mirada es el espejo en donde la imagen de sí mismo siendo arrancado de las extremidades brota amenazante. ¡Qué aterrador mirarse incompleto y mutilado! En sus ojos la ausencia se revela en total desnudez. La falta en su sentido más álgido. En ellos se manifiesta, también, ese “saber no sabido”, la ignorancia sobre el propio deseo y el miedo hacia el placer ignorado del que mira. La presencia de Medusa abre un mar de oscuridad lleno de querencias ocultas a la conciencia.

3.

La atracción freudiana por Medusa va más allá de lo teórico. Entrar al consultorio de Freud era ya un acto petrificante. Quienquiera que se atreviera a cruzar el umbral de la puerta se veía inmiscuido en una serie de poderosas operaciones simbólicas donde el mobiliario, repartido cuidadosamente sobre la habitación, desempeñaba un papel esencial. Antes de que el visitante se tendiera sobre el famoso diván que solía estar cubierto con una pesada tela iraní a hablar de sus conflictos internos y filias parentales, al terapeuta le gustaba recibir a su futuro paciente entre las tres y cuatro para conocerlo cara a cara y hacerle una breve entrevista.

Una vez que el visitante se sentaba frente al escritorio de Freud, ubicado en el corazón de la estancia cuadrangular, se volvía el centro axial de



la atención, donde un montón de estatuillas antiguas observaban curiosas al próximo objeto de análisis. Estando ahí, el recién llegado se sorprendía al encontrarse con su reflejo. Delante de él se hallaba un espejo enmarcado en filigrana de oro colgado al nivel del rostro. Al acoger a su invitado, el artefacto lo evidenciaba. Más aún: lo escindía dramáticamente de su cuerpo. Al regalarle la imagen de la propia mortalidad, el paciente se transformaba en un busto, en una cabeza flotante recién decapitada por el marco del espejo, igual que las adoradas estatuillas del psicoanalista.

En cuanto el padre del psicoanálisis tomara asiento, la imagen de la cabeza del paciente se vería interrumpida, curiosamente, por otra cabeza. Tal desplazamiento escenifica la labor clínica expuesta en *Los escritos técnicos de Freud*, donde el neurólogo afirma que “el médico debe ser opaco a sus pacientes y, como un espejo, no debería mostrarles nada, excepto lo que se muestra de ellos mismos”. Una vez vueltos un fragmento estatuario, estaban listos para pasar al diván, y Freud para pensar.

¿No habrá sido el miedo a la autorreflexión —tan necesaria en la terapia psicoanalítica— el terror que despertaba la cabeza de Medusa sobre el escritorio de Freud? 

Todo se acaba siempre

y se llora a retazos

ÁNGEL TÉLLEZ

Fotografía: Primer premio



Todas las imágenes de la serie: digital, 8 × 10 pulgadas, 2020



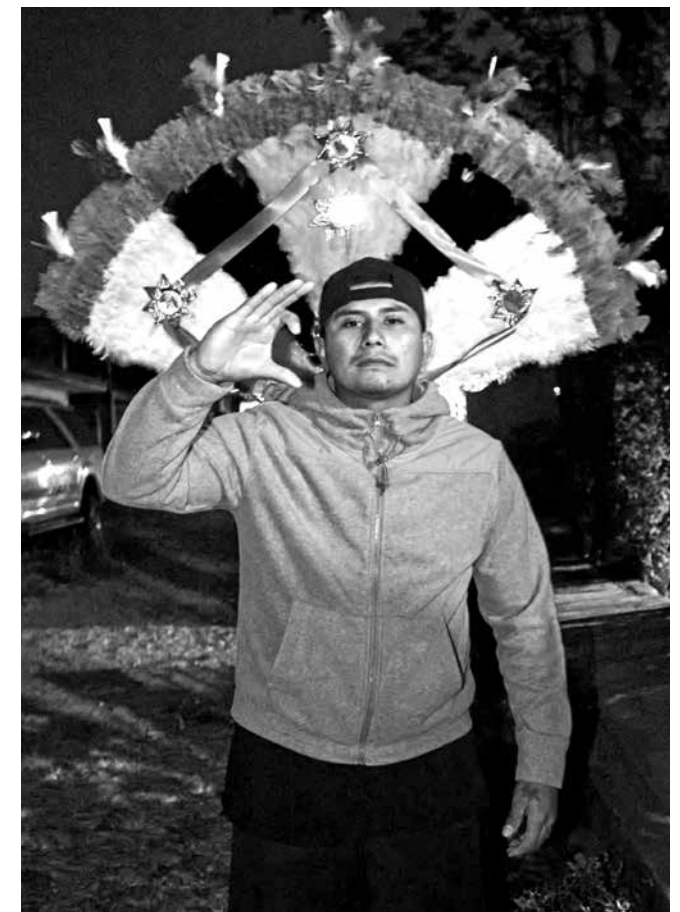


Barrio

en las altas montañas

CÉSAR COYOTLA SÁNCHEZ

Fotografía: Segundo premio



Todas las imágenes de la serie: digital, 8 × 10 pulgadas, 2017-2021







Campanas mudas sobre tierra roja

JUAN FERNANDO MONDRAGÓN

Minificción: Primer premio

Para la mujer que vive en mí como yo no vivo

Este es un cuento muy triste. Este cuento se miró al espejo esta mañana y se vio tremendamente triste. Y chiquito. Ayer en la noche se fue el último personaje que le quedaba. Dejó una nota sobre el escritorio: “Estoy rendida”. Se fue sin besarlo. Seguramente se fue olvidando el único diálogo que aún recordaba (“la estrella del poniente se nos apagó el día de San Patricio”). Y ahora este cuento ya no tiene nada, ya no cuenta nada más que una profunda tristeza y desolación de cuento abandonado. También los cuentos envejecen y van perdiendo la memoria: sus palabras se desgastan, se le van durmiendo una a una, hasta no ver más que un campo de párrafos vacíos, una cortina de blanco sobre la página cansada, los personajes mudándose a otros cuentos, en donde ganan una nueva vida para amarse, hablarse, perseguirse, imponerse, perderse y morirse, pero leídos, todavía leídos. A este cuento se le va cayendo todo, como un árbol a la entrada del otoño. Pinta sobre la puerta de su casa un nuevo título: “Campanas mudas sobre tierra roja”. Esta tarde enterrará a la dedicatoria y despedirá a su narrador con un largo apretón de manos, como de dos viejos compañeros de batalla, deseándole la mejor suerte del mundo. 



El vuelo

CÉSAR SANTOS

Minificción: Segundo premio

Olvidas que ayer te llamó tu hija para recordarte que te llevaría al doctor después de la comida. Olvidas que olvidas muchas cosas: tu edad, la fecha, los rostros que apenas viste hace diez minutos respondiéndote preguntas que has repetido hasta dos, tres, cuatro veces, porque olvidaste haberlas preguntado. Vives días que no importa recordar: despiertas, desayunas lo que te sirve tu esposa —de ella sí que te acuerdas—, y después te sientas en el sillón sin encender la televisión, quedándote dormido hasta que algún dolor repentino te despierta.

Del montón de recuerdos que vagan en tu memoria, te sorprende cuando alguno, desde muy lejos, se estira para alcanzarte; te asombras de haber actuado de tal o cual forma, y sin moverte del sillón, sollozas, sonríes o ríes dependiendo del recuerdo.

Escuchas el timbre y como no esperas a nadie te preguntas quién podrá ser. Abres la puerta y reconoces a tu hija que te abraza y te recuerda, porque sabe que lo olvidaste, que vino a llevarte a la cita con el doctor Fernández para checar lo de las radiografías, y tú no sabes ni quién es el doctor Fernández ni de qué radiografías te está hablando; lo que sí sabes es que no quieres ir. Le dices a tu hija que no hace falta, que ya estás demasiado viejo y que “habría que desocupar la plaza para que alguien más...”, pero antes de que termines la frase se ríe, acostumbrada a esa respuesta, y te pregunta dónde está su madre. Tú le contestas que no sabes, a pesar de que por la mañana te dijo que saldría al supermercado. Tu hija te dice que hagas caso y te prepares, que saldrán en media hora; y tú, como niño recién regañado, te diriges al baño, le pones seguro a la puerta, enciendes la luz y te encuentras, más flaco que nunca, contigo mismo en el espejo. Con tus pupilas como dos moras tristes recorres las manchas que se esconden entre las arrugas de tu rostro, de tu cuello, y observas cómo el peso del tiempo te ha encorvado la espalda. Con la mano temblando como si tuvieras frío, tomas el cepillo y te lavas los poquitos dientes amarillos que te quedan; luego, sin buena puntería, descargas unas gotas de orina en el escusado.

Al salir al pasillo que se alarga hasta la parte trasera de la casa, el aire que trae consigo el bullicio de la calle te hace voltear a ver la puerta entornada. Tu hija grita desde la sala: “¿Cómo vas? ¡Salimos en 20 al consultorio del doctor Fernández!”, y por un momento recuerdas quién es el doctor Fernández y lo mucho que detestas ir a verlo, que al final de cada consulta



 Camila Sánchez Mejorada Buen Abad. De la serie *Desvanecer*

te diga: “Estás muy bien, Alejandro, vivirás todavía muchos años”. Muchos años. T-o-d-a-v-í-a-m-u-c-h-o-s-a-ñ-o-s. No quieres ir, no quieres ni un día más.

En actitud de joven rebelde decides escapar, meterte en un café o caminar por el mercado de flores de la esquina, tal vez ir a casa de tu amigo Emilio o al supermercado, lo que sea para perder la odiosa cita en el hospital. No tienes que avisar que te vas, sabes que todo estará bien cuando regreses, no eres un niño y puedes decidir qué hacer contigo, si vas al doctor o no. Así que sales por la puerta trasera, la dejas entreabierta para evitar que haga ruido al cerrarse, y caminas hacia la reja que da paso al callejón. Al sentir el césped que humedece tus pies, caes en cuenta de que no traes zapatos, pero piensas que es demasiado tarde para regresar. La reja cede con un empujón, y ahora bajo tus pies hay pavimento. Todo va bien, te divierte estar haciendo algo nuevo, diferente. Caminas meciendo los brazos, tarareando una melodía que inventas al paso y, a punto de llegar a la avenida, una dolorosa punzada,

que casi te rompe el pecho como cáscara de macadamia, te tira de rodillas al suelo, caes sobre tu espalda y no ves nada más que blanco, negro, blanco, negro... El dolor pasa casi al momento, pero no sabes si gritaste y alertaste a tu hija. Escuchas pasos que se acercan por el callejón, te incorporas y comienzas a correr como un perro persiguiendo su pelota, chocas contra un transeúnte, pisas las chucherías de un puesto en el suelo y sigues corriendo. Te sorprende la rapidez de tus viejas piernas huesudas al grado de no poder creer la velocidad con la que estás avanzando. Te sientes fresco, como cuando de vida tenías apenas 21 años. Miras la avenida en la que andan los autos y te das cuenta de que te mueves más rápido. Tus pies comienzan a despegarse del suelo y ahora vuelas como un pájaro urbano sobre casas y edificios, soltando carcajadas que mezclas con llanto, dichoso de ir por aire a la casa de tu amigo Emilio y no tener que verle la cara al doctor Fernández. 

Minotauros

JAIME JAIR ORTEGA DE LA SANCHA

Cuento: Primer premio

Nos buscamos los dos. Ojalá fuera éste el último día de la espera.

Jorge Luis Borges

 Paulina Leyva (Paulee). De la serie *El umbral*

Nos tomó por sorpresa; el Minotauro se ocultó antes de que pudiera verlo, pero era imposible esconder el laberinto. Mamá abrió la puerta, dejó su bolsa y las llaves en la mesa del comedor. Se sonó la nariz una o dos veces. Parecía molesta y sus ojos estaban brillantes y enrojecidos, como si se hubiera emborrachado. Pero mamá no toma.

—¿No crees que ya estás grande como para seguir haciendo esto? —me dijo mientras veía las sillas y las cobijas por toda la sala.

Se fue a su cuarto y cerró con seguro. En ese momento supe que debía hacerlo.

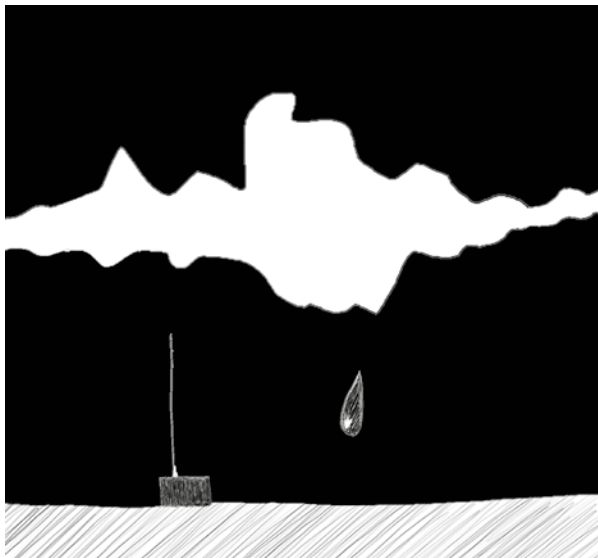
Mi plan funcionará, estoy segura. Voy a buscar la libreta que me regaló para anotar los números de teléfono por si algo pasa cuando me quedo sola. Ahí está el número de mi abuela. Ella entenderá. Después de todo por algo me enseñó el libro.

Según mi abuela, nunca le puse atención a las historias: me dormía antes de que terminaran de contármelas. A lo que sí ponía atención era a los dibujos que vienen con las historias. Eso me lo platicó hace unas semanas, la última vez que ella y mi abuelo vinieron a visitarnos. También me enseñó el libro; sentadas en el sillón, pasó todas las hojas y me preguntó cuál era el dibujo que más me gustaba. Yo señalé el del Minotauro, aunque en ese momento no sabía que ése era su nombre.

—Fíjate, por eso digo que te pareces a tu tía —me dijo mi abuela, y la voz se le hizo chiquita, triste—. A ella también le llamaba la atención ése, le gustaba tanto que se la pasaba diciendo que era uno.

Mamá le pidió que dejara en paz a mi tía; mi abuela le contestó que era una desconsiderada y, como siempre, empezaron a pelearse. Mi abuelo las detuvo. Me dijo que me fuera a mi cuarto y se puso a hablar con ellas.

Yo no conocí a mi tía y tampoco recuerdo lo que me contó mi abuela sobre las historias que me contaban en la noche. Quizá lo olvidé porque pasó el tiempo y dejaron de leerme. Además, mamá empezó con lo de sus novios, se peleó con mis abuelos y nos salimos de su casa.



A mí no me gusta leer. Si esa tarde lo hice fue porque me dolía la cabeza de tanto ver la tele y el libro seguía en la sala, encima de la mesita de centro. Recordé lo que mi abuela había dicho. Agarré el libro, busqué el dibujo y leí su historia. Al terminar me sentí rara, no sé cómo explicarlo. Me dieron ganas de platicar con alguien. Cuando mamá llegó y cenamos, le conté que había leído la historia, y le pregunté si ella también lo había hecho a mi edad. Me contestó que mi abuela era quien se las leía, pero que en realidad a quien le interesaban era a mi tía, a ella no. Mamá nunca habla de mi tía y esa vez no hizo una excepción; de inmediato cambió de tema y me dijo que le llevara mi tarea para revisarla.

Esa noche lo soñé. Yo abría una puerta y adentro, en un cuarto pequeño y oscuro, estaba él y me decía: “Te estábamos esperando”.

Al otro día, en el recreo, le platicué la historia a Paula. Ella terminó de comer su sándwich, se me quedó viendo y me dijo que le gustaban más las historias de princesas y superhéroes. A mí igual, pero esto era distinto. Durante algunos días no hice otra cosa que imaginar que tenía una cabeza de toro y era grande y poderosa. Si algún compañero me fastidiaba en la escuela, en mis pensamientos yo me transformaba, y con mis cuernos enormes le daba su merecido.

Una noche, de tanto imaginarme como un Minotauro, se me ocurrió que necesitaba mi propio laberinto. Le pedí la computadora a mamá; quería ver cómo eran. A ella le sorprendió que se la pidiera para algo así, pero como su novio venía a cenar me dejó usarla.

—Nada más no abras las cosas de mi trabajo. Ponte a dibujar o a ver videos —me dijo.

Al terminar la cena mi mamá y su novio se fueron a su cuarto, y pude ver las imágenes de laberintos sin que me molestaran. No los imaginaba de esa manera, tan grandes y vacíos.

El mío no era idéntico a las imágenes que salían en la computadora, pero hice lo que pude con lo que tenía en casa. Usé el sillón y las sillas como paredes; las cobijas que mamá guarda en el ropero de mi cuarto eran el techo. Puse en la entrada el suéter del uniforme, no encontré una mejor alfombra; las almohadas servían de puerta. Tardé más de lo que pensaba porque a cada rato se caían las cobijas, pero después junté más las sillas con el sillón, y quedó listo. Lo construí para divertirme, no esperaba otra cosa, por eso al entrar me costó mucho creer que el Minotauro estuviera ahí, en mi laberinto. Con su cabeza de toro y con su cuerpo de persona. Sus ojos negros, todos negros sin nada de blanco, me miraban. Tan brillantes que podía verme en ellos. No sé cuánto tiempo pasó, pero no pude moverme, las manos me sudaban. Me sentía como cuando mi mamá me dejó tomar una taza de café. Dudaba de lo que veía: no sabía si era real o un sueño. Cuando por fin pude moverme, me acerqué y me di cuenta de que olía a ropa recién lavada. Intenté hablar con él, pero no respondió. Hizo ese ruido con la nariz, el que hacen los toros en las caricaturas.

No insistí. Acomodé las cosas antes de que mamá llegara.

Comencé a construir los laberintos en las tardes, mientras ella iba a trabajar. Comía rapidísimo, sin masticar 20 veces como dice mi abuela que hace la gente educada. Me apuraba con la tarea sin prestarle mucha atención. En Matemáticas usaba la calculadora que mamá esconde en el segundo cajón de la cocina, el que tengo prohibido abrir porque es el de los cuchillos.

En varias operaciones nada más cambiaba un número, así ni ella ni Miss Sofía sospechaban que las tuviera todas bien.

Al principio el Minotauro ni me miraba; poco a poco nos hicimos amigos. Me le quedaba viendo y, aunque no me respondiera, le platicaba de Paula, de la escuela, de mi mamá y de mis abuelos, del nuevo novio de mamá. Así pasamos algunas tardes hasta que un día él volteó a verme y me dijo que hablaba mucho. Quise decirle que era un grosero, que cuando a uno le dicen algo debe responder al instante, pero tuve miedo de que volviera a quedarse callado y mejor le pregunté por qué apareció en mi laberinto. Tardó en contestar, a lo mejor le incomodaba mi pregunta. Su voz de señor adulto respondió contándome la historia que yo ya había leído. De algunas palabras que decía no me sabía el significado, se lo dije y me las explicó. Dos días después lo invité a jugar.

De todos, su juego favorito es el de las escondidas. Primero lo jugábamos adentro del laberinto, luego me di cuenta de que sería más divertido si usábamos los demás cuartos del departamento. Él no quería salir, siempre se regresaba, hasta que pasó lo de la escoba. Recuerdo que esa vez me escondí en el cuarto de mamá, debajo de su cama. Me quedé ahí mucho tiempo, viendo el colchón y las maderas que lo sostienen. Me acordé de algo que me dijo Paula: si cierras los ojos, piensas en el chico que te gusta y dices su nombre en voz baja, él también pensará en ti. Lo intenté con el Minotauro porque yo creía que igual funcionaba con los amigos. Como no venía, fui a la puerta y la abrí un poco, para darle una pista de que ése era mi escondite. Aun así no entró. Empecé a aburrirme y entonces hice algo que me avergüenza. Me puse a buscar en los cajones de mamá cosas que pudiera utilizar para jugar con el Minotauro. Encontré un álbum de fotos. No era el mío. Ése sólo era negro, sin estampitas de My Little Pony. Vi las fotos nada más de pasada, pero una llamó mi atención. Era de dos niñas con vestidos azules; una estaba arriba de un caballito de feria y la otra a su lado, de pie. Por un momento pensé que yo era la del caballito. Me llevé la foto y regresé a la sala. El Minotauro estaba de nuevo dentro del laberinto. Fui al baño, traje

la escoba y con ella lo piqué, pero no muy fuerte, en la espalda hasta que salió de nuevo. Al preguntarle por qué no quería abandonar el laberinto, me respondió que su destino era estar ahí para siempre. Escuchar eso me dio mucha tristeza, así que le prometí que encontraría la manera de ayudarlo. Guardé la foto debajo de mi almohada.

Los problemas vinieron un sábado: ese día mamá trabaja menos horas. Yo no me acordé y ella llegó temprano, vio las sillas y las cobijas en la sala y me regañó. Se veía tan enojada que pensé que me iba a pegar, aunque nunca lo había hecho.

Pero no, no me pegó; después del regaño sólo me dijo:

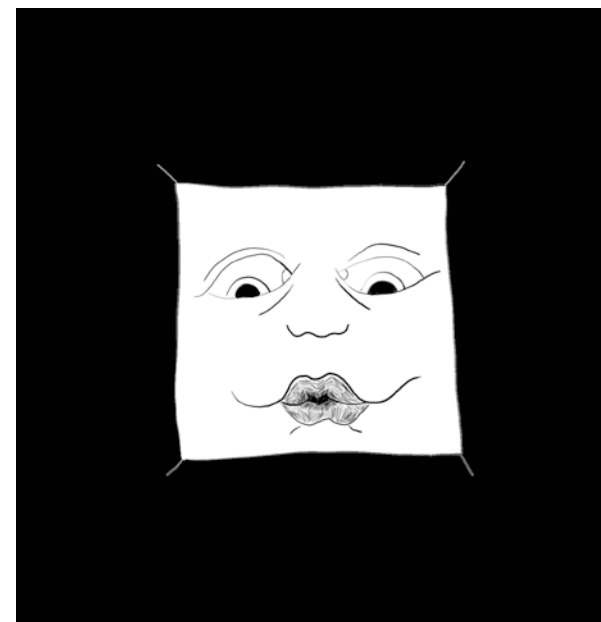
—Recoge tu desastre.

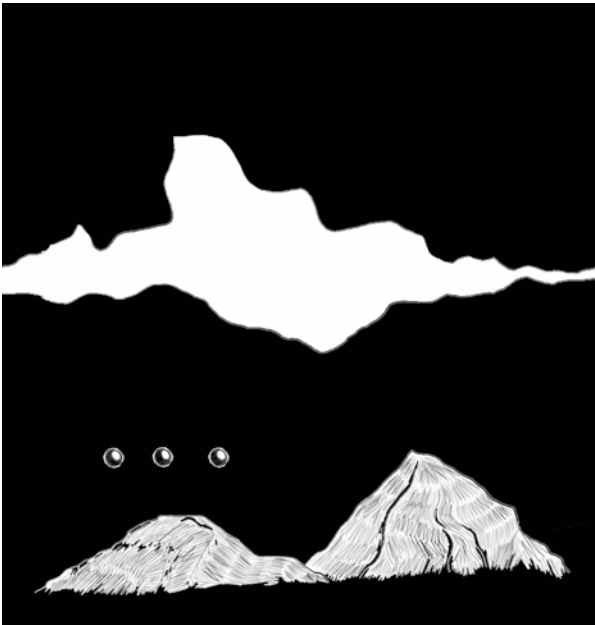
Y se fue a cambiar a su cuarto. El Minotauro aprovechó para salirse de debajo de la mesa y meterse de nuevo en el laberinto. Luego mamá regresó y siguió diciéndome:

—No me gusta que juegues así. Hay más cosas que puedes hacer. Y más divertidas.

A mí me dio coraje escuchar eso, y mientras sacudía las cobijas le pregunté qué tenía de malo jugar así.

No respondió.





Pensé en contarle todo, pero al final no lo hice. Sabía que no iba a creerme. Acomodé las sillas en su lugar y llevé las cobijas al ropero. Entonces se me ocurrió que si le hacía un dibujo del Minotauro y le contaba lo que pasó, cómo nos conocimos y nuestros juegos de las tardes, ella se daría cuenta de que algo así no puede inventarse; ya no tendría dudas de que el Minotauro existe.

La idea me emocionó muchísimo, y ese mismo día dibujé al Minotauro. Aunque la verdad no quedó como quería, porque yo imaginaba el dibujo con acuarelas, y terminé usando mis colores porque ya no tenía cartulina y las hojas se rompían con el agua. Eso sí, marqué sus ojos, la nariz y la boca con la pluma que mamá utiliza para anotar las cosas del súper. Le entregué el dibujo en la cena. Pero ni lo miró bien, nomás lo puso a un lado de su taza y me preguntó:

—¿Lo copiaste del libro?

Como que se arrepintió de decirme eso, porque luego no dijo nada. Hasta que se acabó su taza de café volvió a hablarme:

—Te quedó bonito, amor.

Trataba de sonreír, yo mejor la ignoré. Conté las veces que masticaba mi bocado. Antes de llegar al 20 me habló de nuevo:

—Oye, ¿por qué no mejor me haces un dibujo de nosotras? —y me sugirió que incluyera a su novio—. Seguro le gusta —dijo.

No recuerdo si le contesté. Creo que volví a masticar mi bocado.

Después de dejar los trastes en el lavadero, agarré el dibujo. Mamá lo había pegado en el refri con mis imanes de flores. Guardé la hoja junto a la foto de las dos niñas, debajo de mi almohada. Allí estaban las dos cosas ahorita que fui por ellas y las metí en mi mochila, encima de mi ropa. Mamá sigue ahí, en su cuarto. Ni siquiera se asomó cuando le marqué a mi abuela para contarle todo, para explicarle lo de mi tía.

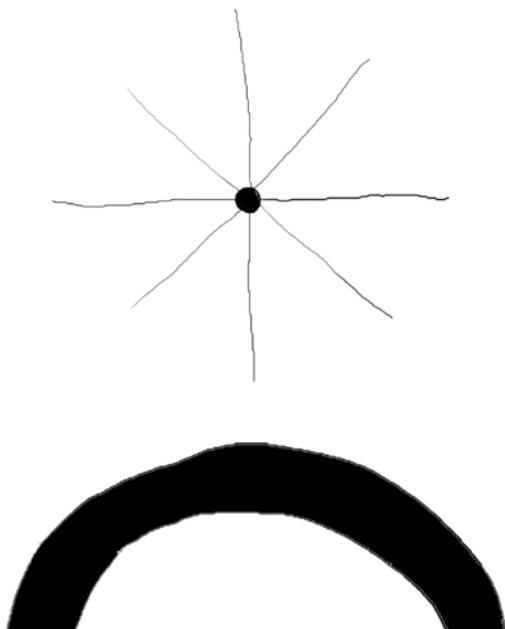
Tenemos que apurarnos, mi abuela conoce el plan y puede avisarle.

Ahora entiendo que sólo puedo confiar en el Minotauro. No veo en su mirada de toro fortaleza ni valentía, pero tampoco miedo. Agarro su mano. Él también confía en mí, por eso trato de mostrarme valiente.

Meto la llave y despacio muevo la chapa; no quiero que la puerta suene al abrirse. Lo mismo hago al cerrarla.

Buscaremos a otros minotauros. Todos juntos iremos a un lugar sin laberintos.

Sin soledad. P



Una vida en retroceso

JULIO C. PIÑA VALLE

Cuento: Segundo premio

Camila Sánchez Mejorada Buen Abad. De la serie *Desvanecer*

Debería ver la manera en la que se comporta. No sé si usted la podría aguantar. Es increíble cómo una persona de más de 90 años y un bebé de sólo unos meses pueden tener tanto en común. Suelo escuchar decir que la vida es como una línea recta que siempre va hacia arriba, y un día simplemente se detiene. Ahora que ando aquí con Nedy, me doy cuenta de que las personas que dicen eso o son muy tontas o nunca han cuidado a una persona de la tercera edad.

Yo creo que más bien la vida es como una parábola. Sí, creo que es así: una parábola que inicia en el origen de un plano cartesiano y se va desplazando por el primer cuadrante hasta terminar nuevamente en el eje de las abscisas. De esta manera, en la parábola, el eje de las abscisas simboliza el tiempo de vida de una persona; mientras que el de las ordenadas, sus habilidades psicomotrices.

Lo que quiero decir es que siento que llega un punto, el vértice de la parábola, en que conforme una persona avanza en su edad, va encontrando familiares ciertas cosas como los pañales, las papillas o los balbuceos como la única forma de comunicación. Entonces es inevitable que todos lleguemos a un momento en nuestra vida en el que cada que avancemos en nuestro eje de las abscisas, al mismo tiempo estaremos retrocediendo en el de las ordenadas. No sé si me doy a entender, pero es que de verdad siento que es así. Al menos Nedy me ha hecho creer que es de esta manera. Pero como le comenté antes, esta parábola también tiene un fin. Así, va a llegar un instante en el que, si avanzamos un poco más, ya no podremos retroceder. Y es en ese momento que se te acaba la vida. Nedy ya hace mucho tiempo que viene retrocediendo

mientras su edad avanza; pero todavía no parece estar cerca el día en el que ya no pueda retroceder.

Me vine del pueblo porque me dijeron que Nedy ya había desquiciado a todos los enfermeros que le habían asignado para cuidarla. Al parecer, yo era la única persona que le aguantaba el carácter tan feo que se le ha hecho. Aunque la verdad para mí también fue bastante difícil. Ya había preferido dejar de hablarle, porque cuando le decía las cosas en un volumen normal no me escuchaba, o al menos fingía que no me escuchaba. Y cuando le hablaba con un volumen un poco más alto, me regañaba y me decía que no le gritara. Son esas pequeñas cosas que, aunque al principio pasas sin problema, se van acumulando y te empiezan a generar un desgaste descomunal.

Antes de que se volviera tan fea de actitud, era un pan de Dios. Y antes de que se hiciera tan débil, era la anciana más fuerte que conocía. ¿Me creería si le dijera que todavía montaba a caballo hace dos años? Pues es verdad, y montaba muy bien. Su mal humor y la aceleración de su vejez inició desde que el doctor le prohibió salir de su casa. Bueno, no tiene esa prohibición tal cual. Él dijo que ya no podía bajar escaleras por temas de salud, y la pobrecita tiene su departamento en un segundo piso. ¿Se imagina no poder disfrutar de sus últimos momentos con piernas capaces de caminar, sólo porque no puede bajar unas méndigas escaleras? Yo también hubiera reaccionado como ella, la verdad.

Las escaleras eléctricas nunca han sido una opción, principalmente porque no hay dinero. La única otra opción sería que la cargaran de bajada y de subida. Incluso ella insiste en que eso sería lo mejor. ¡Pero no sabe cuánto miedo me da eso! De sólo pensarlo siento que Nedy ya se desbarató unas cinco veces. Últimamente suele decirme que un día amanecerá con alas y saldrá volando por la ventana. Al principio le di el avión, pero una vez sentí un no sé qué, que terminé por ponerle barrotes a las ventanas. Ahora estoy un poco más tranquila. Pero sólo un poco. En una de esas y no le crecen alas, pero sí otra cosa que vaya usted a saber.

Me dolía mucho decirle que no sabía qué se podía hacer. Todavía me duele. Pero yo llegué aquí para tomar decisiones como éstas. Aunque de igual forma me

pone triste pensar que, al llegar a cierta edad, hay decisiones que simplemente una ya no podrá tomar.

Así estaba de malhumorada y de fea conmigo y con todos los que venían a saludarla. La vejez le estaba pegando más fuerte que nunca. Aparte de los problemas originales de sus piernas, sus oídos y su gusto, empezaron los de la vista. Yo ya no sabía qué hacer. Pensaba que no faltaba mucho para que se muriera. Sentía que se había dejado y que no tenía intenciones de recuperarse. Me ponía muy triste pensar que cada día que pasaba ella sólo ansiaba que fuera su último.

Pero de pronto, que un día llega la Mella.

Nedy solía dormirse bien temprano. A las nueve ya le estaba poniendo su pijama para que se metiera en las sábanas. Y al día siguiente, a las siete en punto de la mañana ya estaba bien despierta, pidiéndome que le hiciera su café de olla y que le diera sus pastillas. Pero un día, así de repente, dieron las 11 y media, y me dijo que todavía no quería irse a la cama. ¿Sabe usted qué andaba haciendo? ¡Boleando los zapatos de Mella! Yo le pregunté por qué hacía eso. Me contestó que su hermanita ya casi iba a llegar, y que a ella no le gustaba traer puercos los zapatos. Cuando me dijo eso me quedé paralizada. Le juro que desde que llegué con ella nunca la había escuchado tan lúcida como aquella vez. ¡Con decirle que no tuve que repetirle las cosas más fuerte para que me contestara! Entonces que me da una alegría bien, bien grande. Ya no le insistí para que se fuera a dormir.

Yo trato de poner una alarma todos los días a las seis y cuarto de la mañana para salir rápido al mercado por unas cosas, y después regresar y hacerle su café de olla. Ese día, cuando terminó de bolear los zapatos de la Mella, por ahí de las 12, se fue a dormir. Entonces yo decidí poner la alarma más tarde pensando que Nedy se iría a despertar después. ¡No tiene ni idea! Como a las cuatro de la mañana que me despierta un santo trancazo. Me desperté fría, y no sé en qué momento di el brinco para irme corriendo a ver a Nedy. Le juro que yo pensaba que la iba a ver tirada en el piso, ya con sus ojitos azules sin brillo.

La muy bruta estaba hincada, rezando. En un ataque le grité: ¡Nedy, ¿qué haces despierta a esta hora?! Me respondió que era la Mella, que no la estaba dejando

dormir. Le pregunté por qué, y me dijo que la andaba molestando. Para ser las cuatro de la mañana, se veía bien lúcida Nedy, no tanto como cuando lo de los zapatos, pero sí lo suficiente como para notarlo.

Quiero vivir 100 años, me dijo todavía hincada. Después me dijo que Mella le había dicho que cómo pensaba vivir hasta esa edad si nunca fue buena persona con los demás. Yo seguía bien asustada por el trancazo que había escuchado. Sentí como que el latido del corazón se me detuvo y me regresó algunas horas después. Pero igual estaba muy cansada, así que le dije que se arreglara con la Mella como pudiera, pero que yo ya me iba a dormir.

100 años, ¿se imagina? Yo le estaba dando un par de semanas, y me sale con que quiere vivir hasta los 100.

Tampoco es que le faltara tanto para llegar. Pero pues cuando se es muy vieja como Nedy, pensar en llegar a vivir un año más ya es ser una aferrada a la vida. Que no es malo, la verdad. Pero sí llega a sorprender esa ilusión, más viniendo de una persona que se dejó caer tan rápido y tan hondo como ella.

Ya cuando me estaba saliendo de su cuarto me dice que si puedo empezar a hacer café para Mella en las mañanas. Le dije que si se iba a empezar a levantar tan temprano yo empezaría a hacer el café en las noches, y les dejaría dos tazas ya preparadas en el microondas para que sólo tuvieran que calentarlo. Afortunadamente el microondas es de las pocas cosas a las que Nedy todavía le sabe, por eso me sentí con la seguridad de decirle eso. Ella me dijo que estaba de acuerdo. Fue a





partir de ese momento que empezó el cambio tan radical de Nedy, principalmente para bien. Lo único malo, si hay que mencionar algo malo, es que ahora tengo que lavar una taza más de café.

Desde aquel día ya no se ha vuelto a despertar después de las cuatro de la madrugada. Me consta porque los primeros días me empecé a levantar por los ruidos que ella hacía desde esa hora. Después me fui acostumbrando y me empecé a levantar a las siete y cuarto. Para esa hora Nedy ya estaba vestida, con sus pastillas tomadas, su cama tendida, y sentada en la sala viendo la tele con su café de olla en la mano, esperándome para desayunar. Antes de eso no podía hacer ninguna de esas cosas sola, ni vestirse, ni tomar sus pastillas, ni tender su cama. Así, con todo y que me despertaba más temprano, vivía mis primeras horas bien ajetreada, y empezábamos a desayunar como a las nueve y media. Ahora para esa hora ya ando terminando de lavar los trastes del desayuno.

Afortunadamente la Mella no come con nosotros, porque si no yo creo que las horas serían las mismas que antes.

Después de desayunar, el día se me iba en hacer la limpieza y la comida de la tarde. Pero como ahora tenía más tiempo en las mañanas, empecé a tener más tiempo el resto del día. Me sorprendí la primera vez que noté que por ahí de las siete de la tarde ya estaba libre. Después me di cuenta de que era una oportunidad maravillosa para tener un tiempo bonito con Nedy. Ella jugaba ajedrez muy bien, pero con la edad empezó a confundir los juegos. Un día me animé, y después de limpiar los trastes de la comida de la tarde, intenté recordarle cómo jugar. ¿Y qué cree?, que le agarró de volada. ¡No tardó ni una semana! Ya llevo un par de semanas sin poder ganarle. Después de jugar unas partidas yo me duermo, pero ella todavía no tiene sueño. También se empezó a dormir más tarde. Al principio me daba algo dejarla sola, pero después me dijo que la Mella llegaba al departamento para cuando yo me iba a dormir, entonces me dejé de preocupar. En una de esas se ponen a jugar ajedrez otro rato.

Sí, Nedy ha estado mucho mejor. No tengo ni idea de qué pasó para que tuviera fuerzas suficientes para hacer todas esas cosas sin mi ayuda, pero yo ya me es-

taba acostumbrando de maravilla a esos nuevos días: me despertaba más temprano con la tranquilidad de saber que no debía estar a las carreras por la vida.

Pero ¿sabe una cosa? Tardé bastante tiempo, como un mes quizá, en preguntarle por qué empezó a rezar todos los días. Como que al principio no le di importancia. Pero un día se me volvió a acomodar el cerebro, y recordé que Nedy nunca había sido muy católica. Al menos no lo suficiente como para rezar todos los días. Siento que es de esas personas que, si sus padres no la hubieran bautizado, seguramente no habría sido de ninguna religión. Aun así, seguía sin verle nada de raro. Más bien fue la curiosidad la que me inclinó a preguntarle.

El día que le pregunté me enteré de que la Mella le dijo que tiene que empezar a cuidar a todos sus conocidos si realmente quiere vivir 100 años. Cuidar a todos y cada uno de ellos. “No tengo superpoderes”, me dijo, “sólo sé rezar, y espero que con rezar por todos mis conocidos sea suficiente”. Yo me quedé muy consternada, no tanto por lo de la Mella, sino porque ahí caí en cuenta de que, por mucho que tuviera que rezar, no tenía motivos para hacerlo tan de mañana, quitándose horas de sueño. Porque de que tiene tiempo, lo tiene. Digo, sí ha empezado a ayudarme muchísimo más en algunas cosas, pero tampoco es como que haya vuelto a tener la movilidad de hace algunos años. Hay cosas que ni el buen humor permite hacer.

Le dije que estaba muy bien que rezara, pero qué necesidad tenía de despertarse tan temprano para hacerlo. Me contestó algo que la verdad no recuerdo, principalmente porque no quise entender. Y aquí le voy a decir algo. Ella podría haber dicho cualquier cosa de por qué reza tan temprano, pero desde ese momento algo se conectó en mi cabeza y me di cuenta de que la respuesta ya la sabía. Yo ya sabía que Nedy se despertaba más temprano únicamente por miedo. Sí, ella tiene miedo de dormirse. Dormirse y ya no despertar, por eso prefiere dormir el menor tiempo posible.

Ya desde ese día no hablamos de eso. Sólo una vez le pregunté qué hacía la Mella mientras ella rezaba. Ella me dijo que no tenía ni idea.

¿Cómo ve? Entonces Nedy se despierta a las cuatro. Se viste, tiende su cama y toma su medicamento.

A eso del cuarto para las cinco tira una almohada al piso, se monta sobre ella de rodillas y se pone a rezar. Siempre lo hace en frente de la ventana de su cuarto porque ahí también tiene las fotos de Jesús y de la Virgencita que me pidió que le comprara al poco tiempo que inició con su nuevo ritual matutino. Justo por la hora en que termina de rezar salen los primeros rayos. Ella dice que cuando siente caliente su frente sabe que ya tiene que terminar. Es como su alarma natural. Súper útil, porque en esas horas que está hincada siempre tiene los ojos cerrados.

Le juro que no hay persona que le haya mencionado, y que no me diga que reza por ella. Luego le digo: “Oye, te manda a saludar Lupe, el vecino”, y ella me dice: “Lupe, sí, dile que rezo siempre por él y por su familia”. Y así pasa con toda persona que le menciono. ¿Puede creerlo? Yo digo que hasta ha de rezar por usted. Luego le pregunto, si quiere.

Si yo ya estaba sorprendida por la transformación de Nedy, me quedé anonadada en el momento en el que hasta se empezó a ver más joven.

Un día, le juro por lo que usted quiera, hasta la vi con el cabello menos canoso. “¿Qué te hiciste, Nedy?”, le pregunté. Ella no tenía ni idea de a qué me estaba refiriendo.

Confundida, se fue a mirar frente al espejo, justo antes de empezar a reír. “Fue Mella, de seguro me pintó el cabello mientras dormía”, me dijo todavía entre risas. Yo reí con ella, pero fue más por seguir el momento. Yo seguía súper anonadada. Otro día la vi con menos arrugas en sus manos. Y su respuesta fue la misma, risas y “fue la Mella, que me estiró en la noche”. Otro día fueron sus ojos, que dejaron de verse tristes. Otro día fue su espalda, que estaba notablemente menos curvada. Y para todo lo mismo: risa y Mella, risa y Mella, risa y Mella. Yo no sabía qué estaba sucediendo con ella. Llegó el día en el que ya ni siquiera reconocía su voz, pues empezó a sonar exactamente igual a como sonaba cuando yo era niña, ¡hace más de seis décadas!

Ya me estaba empezando a decidir en decirle a alguien lo que pasaba con Mella, usted entenderá que el miedo fue relevando a la sorpresa.

Un día me vi en la necesidad de salir al mercado en la tarde, pues se me había olvidado comprar jengibre para

el guiso del día. Le juro que no me tardé ni 20 minutos. Cuando regresé, sentí cómo se salió todo el aire que estaba dentro de mí, dejándome completamente hueca.

Nedy estaba en la planta baja, ¡checando la bandeja de la correspondencia! Se imaginará que yo pegué el grito en el cielo cuando pude reaccionar y me llené el cuerpo de quién sabe qué cosa. “¿Por qué eres así de irresponsable?”, le empecé a gritar. Todavía entre regaños, le pregunté cómo logró bajar y quién la había ayudado. Estaba más que dispuesta a azotar a la persona que lo hubiera hecho.

Me contestó que la Mella la había ayudado, tomándola del brazo mientras ella apoyaba los pies en los escalones. No me vaya a malinterpretar, yo también quiero mucho a la Mella. Pero es que aquella vez estaba bien ciega del coraje, y ni me acuerdo de qué tantas cosas le terminé gritando. Pero es que lo suyo ya no era para seguir tolerando. Estaba poniendo en peligro la vida de Nedy.

Una bola se sentimientos me explotó en el cuerpo, y me solté a llorar. Ahí, frente a Nedy y, tal vez, frente a Mella y a algunos vecinos que sacaron sus cabezas por donde pudieron para ver la escena que me estaba armando. Me senté en el primer escalón de la escalera con la cara empapada, los ojos cerrados y con las ganas de maldecir todo.

Después de un par de minutos de tratar de pensar en blanco, volví a abrir los ojos. No vi a Nedy en ningún lado. El llanto se fue para que entrara la angustia. Le empecé a gritar mientras me paraba de las escaleras, dispuesta a recorrer kilómetros por si tenía que recogerla del otro lado de la ciudad. Después del quinto o sexto grito, Nedy me llamó desde una ventana de su departamento que da a las escaleras del edificio. Cuando me giré a verla, me volví a sentir hueca, pero está vez fue una sensación un poco diferente. Hueca, sí, pero con la cabeza pesada.

“Mella dice que no te preocupes por mí, que ella está aquí para ayudarte conmigo”, la escuché gritarme. Yo me quedé quieta, viéndola un momento más sin decirle nada. No fue hasta que se le salió una gota de sus ojitos azules que volvió a hablar. “No quiero que estés triste por mí”, fue lo último que me dijo antes de que subiera al departamento y la abrazara.



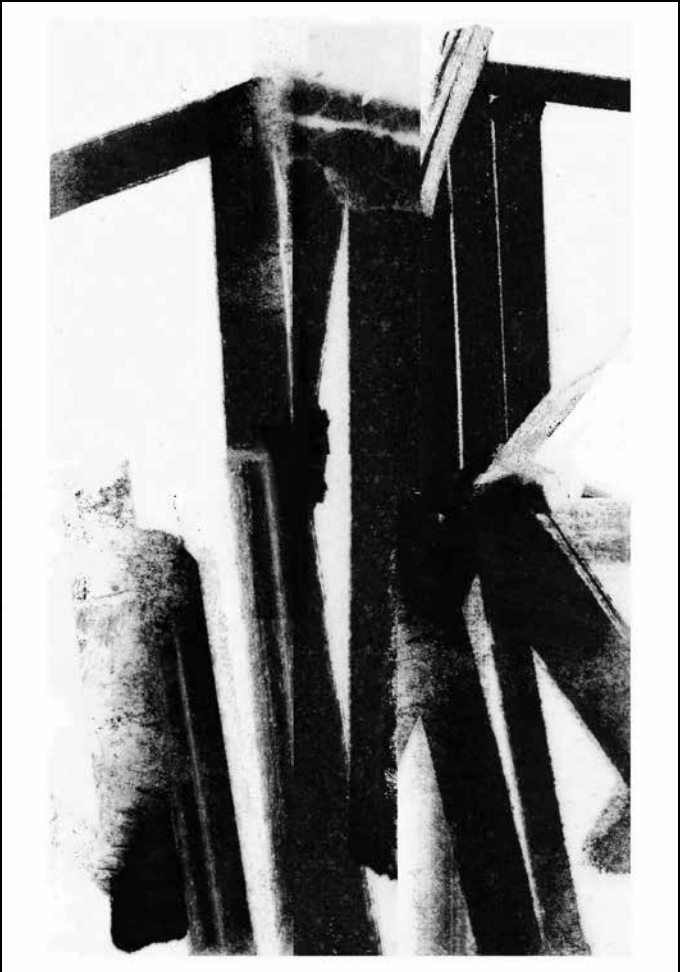
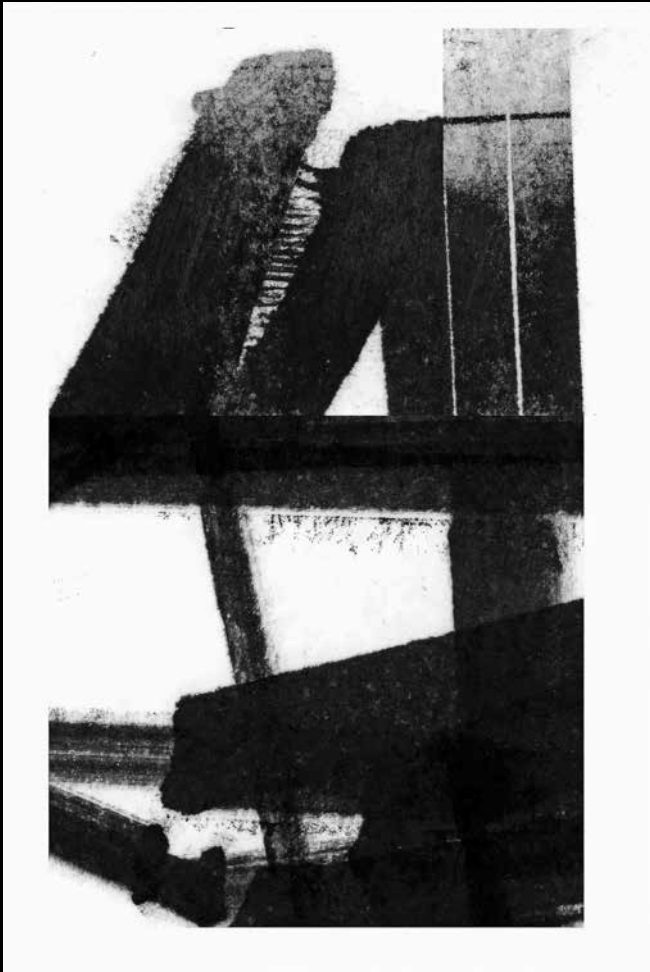
Nedy me prometió que nunca más iba a volver a bajar las escaleras. Ahora ya estoy completamente conciliada con la Mella. Entonces parecía que todo volvería a estar bien. Pero desde ese día esa sensación de vacío no me ha dejado en paz. Nedy sigue rejuveneciendo, ya casi no tiene arrugas y ya se hinca para rezar con mucha más facilidad. Yo he pasado mucho tiempo pensando en todo esto. Y pues ya llegué a un punto en donde reconozco que no estoy bien. Tengo un miedo y una tristeza constante, y todo viene por Nedy. Le pido que me comprenda, Nedy es de las últimas personas que me quedan en este mundo. No le tengo miedo a la muerte, ni a la propia ni a la ajena. Lo que me causa el miedo y la tristeza es pensar que ella se muera sin

que nos podamos reconciliar. Usted pensará que nuestros problemas podrían arreglarse si platicamos. Pero no es tan fácil. Platicar nunca se nos ha dado bien a nosotras. Aunque estoy dispuesta a cambiar, a hablar con ella. Tengo que tener muy claro lo que le pasa a Nedy para poder entenderla lo mejor posible. Y por eso le llamé a usted. Estoy consciente de que no es especialista en estos temas, pero no he encontrado a alguien más que me pueda socorrer en esto. Perdone por la extensa explicación, creí que era necesaria para que no nos tachara de locas. Bueno, ahora sí. Le pregunto: ¿usted cree que sea posible que, a la edad de Nedy, se pueda avanzar sin retroceder? 

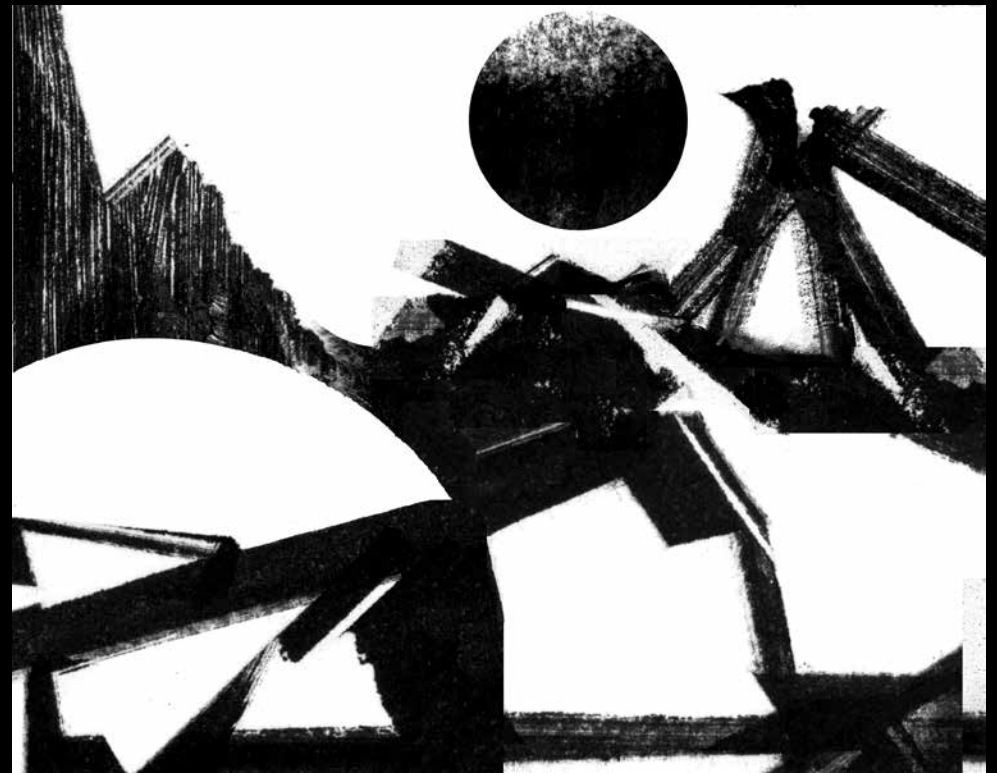
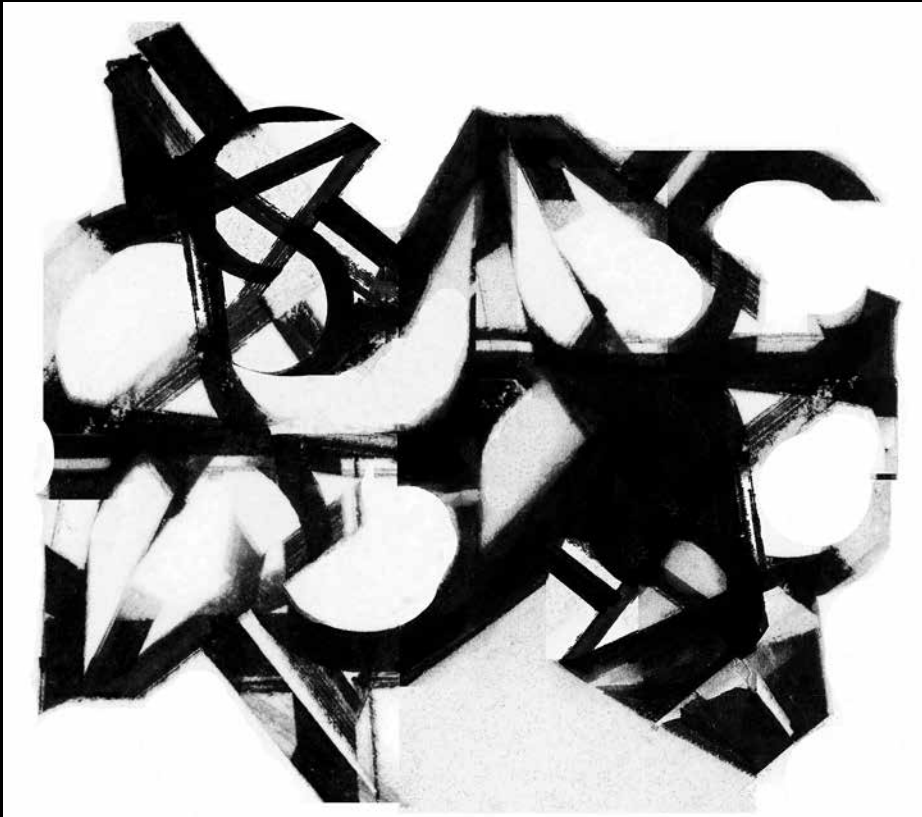
Misocosmia

IVAN FERNÁNDEZ

Gráfica: Primer premio



Todas las imágenes de la serie: tinta sobre papel y edición digital, 2021

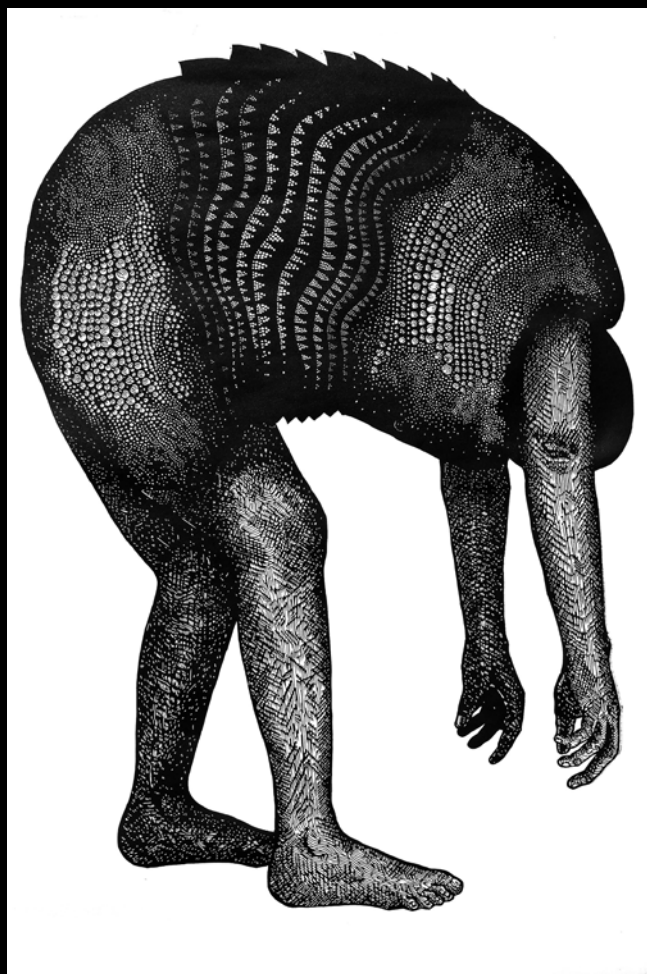


Caparazones

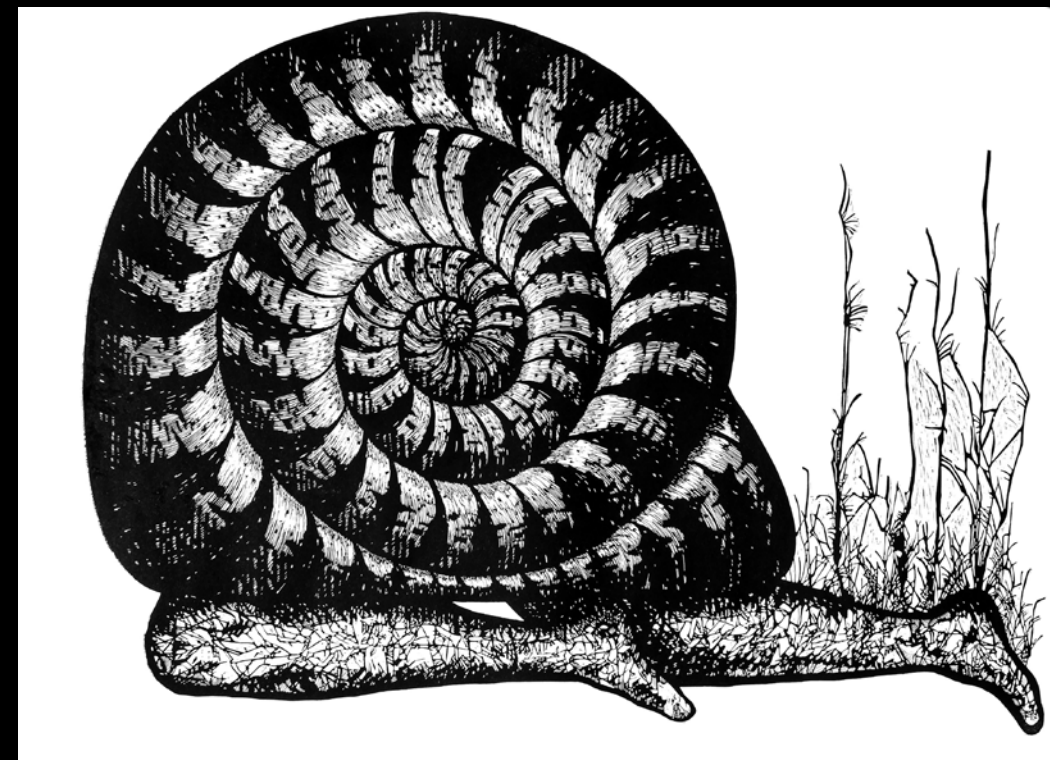
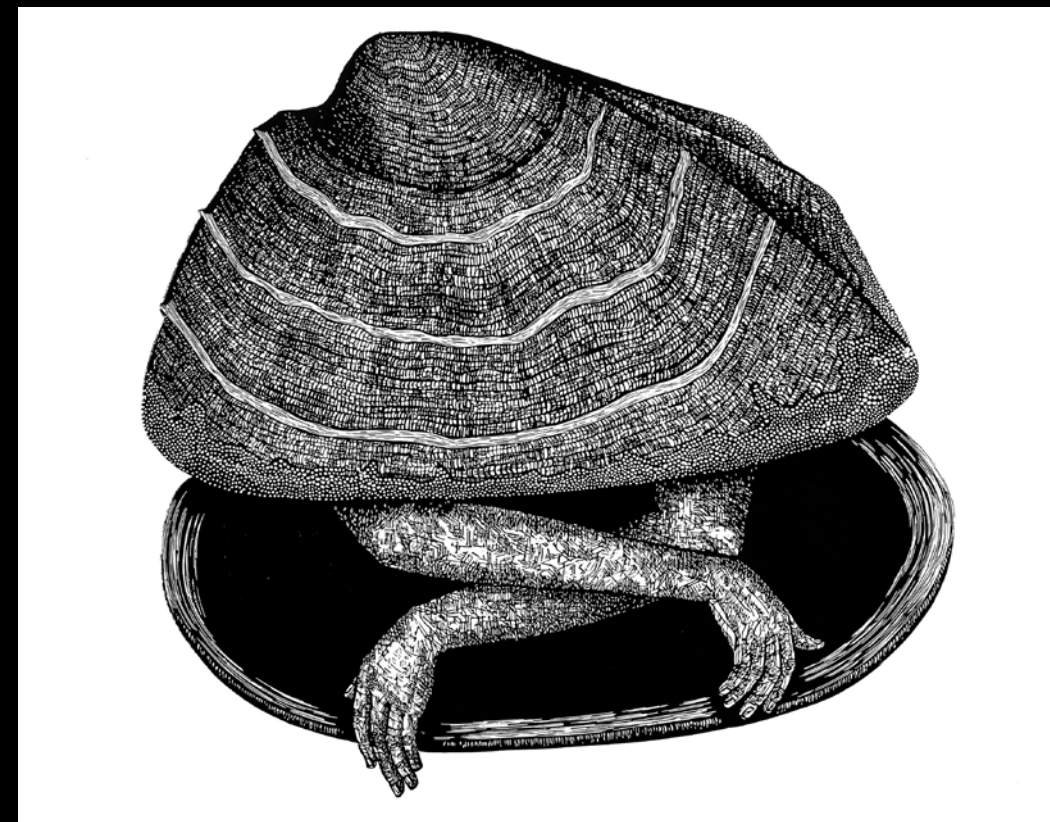
Mi cuerpo casa

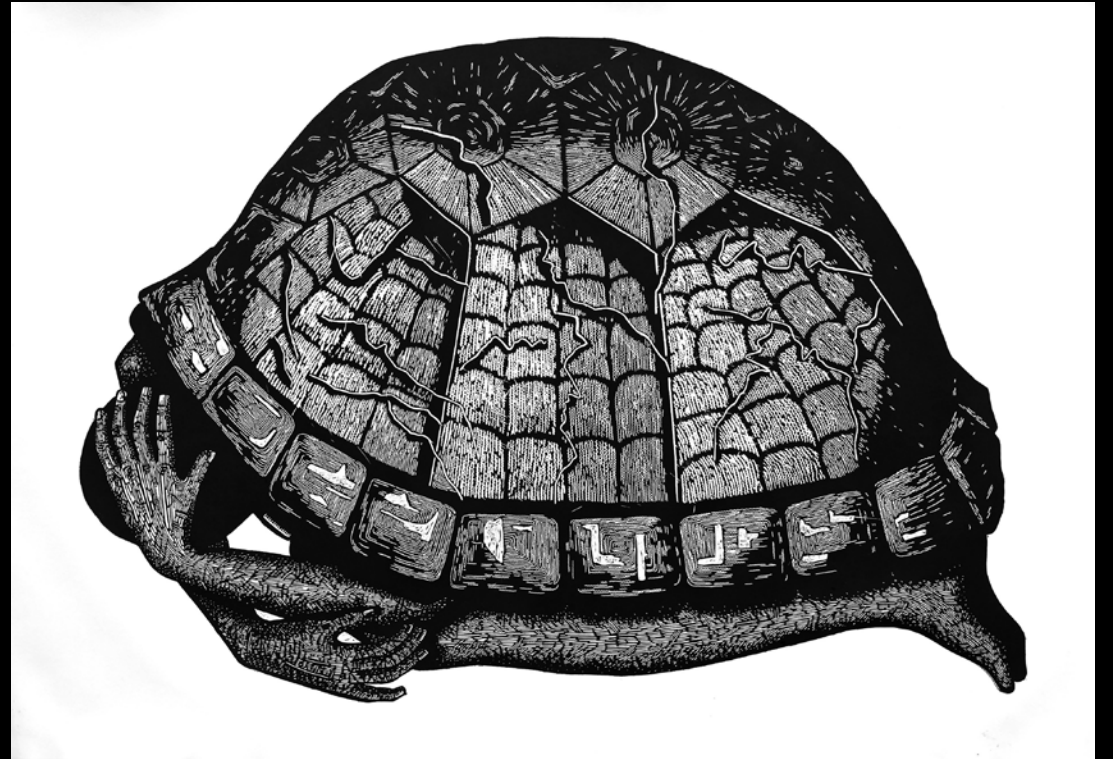
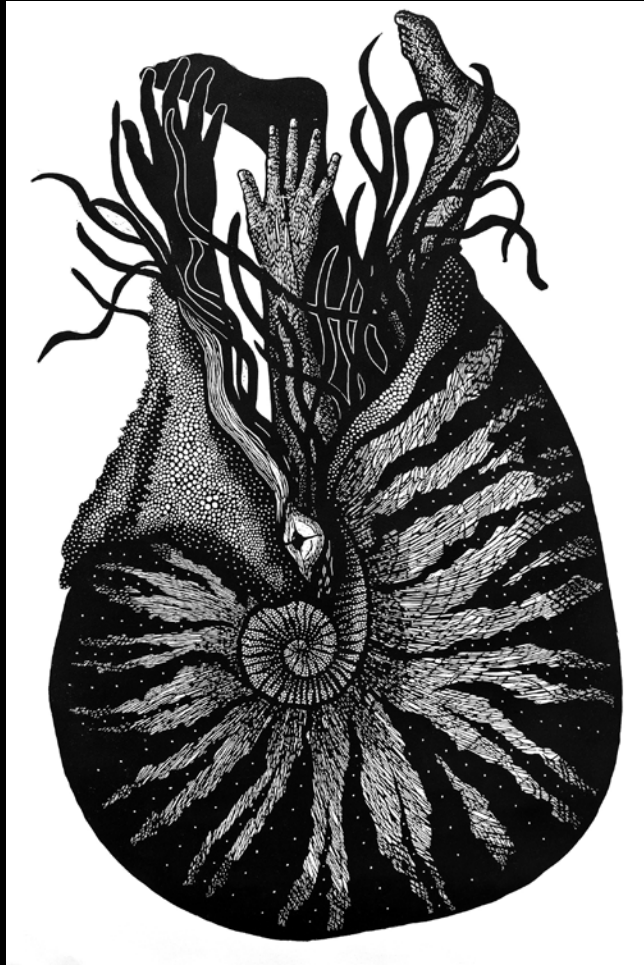
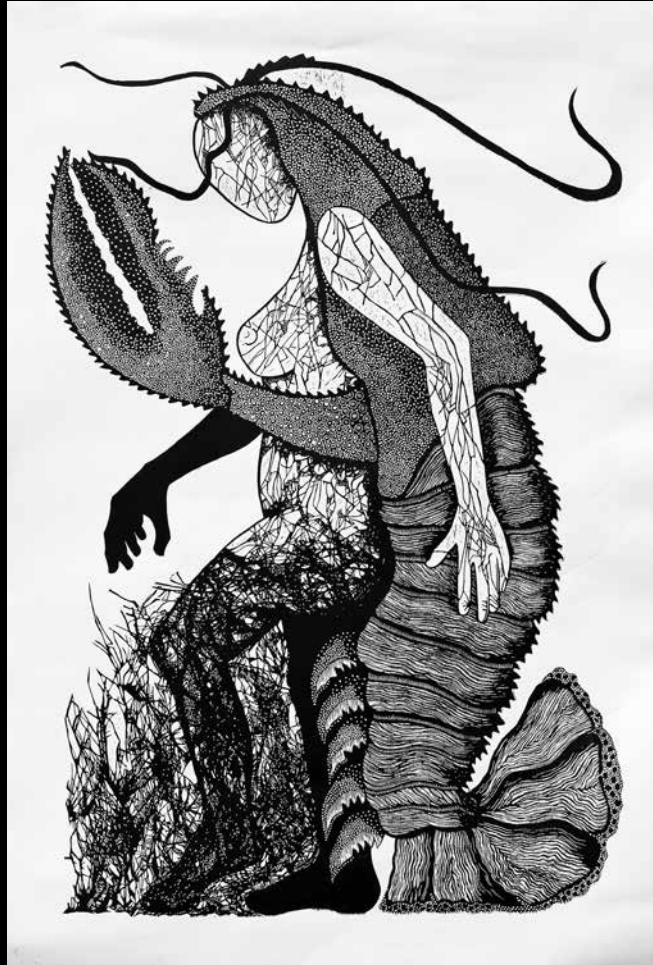
JAZMIN GALVÁN

Gráfica: Segundo premio



Todas las imágenes de la serie: linogrado, 30 × 44 pulgadas, 2018-2020







Ya se veía venir

VIOLETA ALEJANDRA SANTIAGO HERNÁNDEZ

Crónica: Primer premio

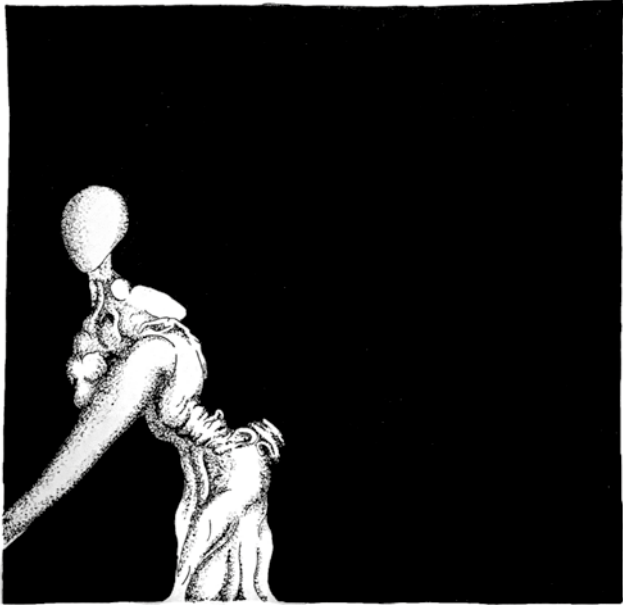
El suelo del parque absorbía los remanentes de la lluvia matinal. Había algo de lóbrego en el ambiente. Quizá se debía a aquel contraste que logra recrear el cielo gris frente al verdor de los ficus mal podados: los árboles de toda la vida, en días como éstos, deslumbran de una manera hermosa o, al menos, así se ven en las fotos, al fondo. En el primer plano están un niño y el presidente municipal con rictus de desagrado.

Ocurrió al final de un evento para entregar unas plantas de coco híbrido resistentes a la enfermedad del amarillamiento letal, aunque las autoridades locales le dieron mucha importancia, como si con eso fueran a rescatar al moribundo sector agrícola y forestal de Agua Dulce. Era viernes 24 de enero de 2014. 11 y algo más de la mañana. El niño se acercó al alcalde y yo tomé dos fotografías. La correa de piel del reloj que estrangulaba la robusta muñeca del edil era del mismo tono café rojizo que el cuello de la camisa del chico, aunque la guayabera del alcalde resplandecía de lo blanca que era, mientras que la prenda del joven interlocutor no era más que un recuerdo de lo que alguna vez fue blanco: un godete percutido, con huellas oscuras y el nombre del videojuego *God of Wars* cosido al pecho. Si bien las edades de estos dos personajes eran distantes entre sí, había algunas similitudes entre ellos: ambos eran morenos, llevaban el pelo engominado y portaban la ropa arrugada. El alcalde escuchó al niño por poco tiempo, sin sacarse las gruesas manos de los bolsillos ni quitarse las gafas que se opacaban automáticamente en el exterior y que eran el último grito de la moda entre los políticos priistas de Agua Dulce. Aunque no nos sorprendió demasiado lo que Daniel Martínez haría en su gestión como presidente, lo que nunca imaginé fue que al año siguiente aquel chico sería hallado en el basurero municipal, asesinado de un corte en el cuello. Su nombre también era Daniel.

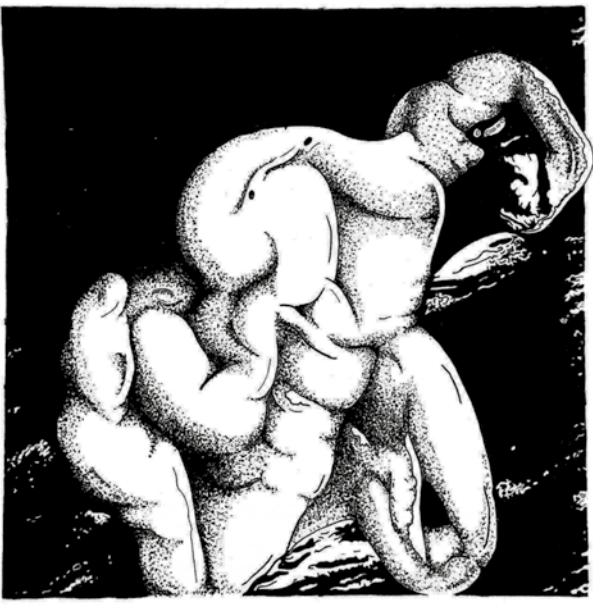
Seis meses después de haber visto —y no— a Daniel por primera vez conocí, sin saberlo, a sus padres y a su hermano pequeño en circunstancias separadas.

Hay un refrán que reza “pueblo chico, infierno grande”. Algo así es Agua Dulce. Un lugar relativamente pequeño en donde todo mundo conoce a todo mundo, y en el que incluso puedes llegar a la casa de alguien con

Yoalli Lora



Allá



Lejanías

sólo preguntar por ahí. Así me localizó Sandro Morales de los Santos. Nos quedamos de ver en el parque central de la ciudad y lo hallé sentado en una de las bancas de granito pulido.

Me contó que un día antes, el sábado, caminaba por el centro porque iba a una consulta médica, cuando alcanzó a ver a un hombre que, según, le había robado diversas cosas, entre ellas una perra. Pidió apoyo a una patrulla, y mientras esperaba increpó al otro individuo. Cuando la unidad llegó, lo detuvieron junto con Jesús Alvarado, de 19 años. Antes de ingresar a los separos, le quitaron sus pertenencias en la entrada. Supuestamente Sandro cargaba con él mil pesos y el pulso de oro de su hijo menor, que llevaba a reparar cuando ocurrió el alboroto. Encerrado, Sandro se quejó de que se sentía mal, y comentó que por eso iba al doctor.

—A mí no me importa si te mueres ahí adentro—le respondió Maritza Cuéllar, la jueza calificadora a la que recordó Sandro como una trabajadora del Ministerio Público que una vez le pidió 300 pesos para poder iniciar una denuncia.

Me extendió una copia de la boleta de la Tesorería Municipal. Le cobraron 700 pesos “por alterar el orden público”. La multa, infirió él, fue estimada a partir del dinero que vieron que traía, pues habitualmente salir

de la cárcel por algo así costaba unos 300 pesos. Sólo que, a falta de tabulador oficial y un reglamento, la jueza ponía el monto “a ojo de buen cubero”. La queja del hombre, además de la costosa multa, era que no le habían devuelto la esclava de su hijo. La nota con su relato salió publicada el lunes, y por el alboroto el municipio ofreció reembolsarle los 700 pesos de la multa, aunque nunca recuperó la prenda. La funcionaria aseguró que no se había quedado con nada. En el pueblo ahora la señalaban de ladrona.

Afuera de un Oxxo abría la puerta un niño enclenque, más pequeño que la edad que decía tener, pero calzado en chancas de “pata de gallo” algunos números más grandes de lo que medían sus pies morenos. La gente entraba y salía como si la puerta fuera automática. El niño era un resorte, un mecanismo que formaba parte de la puerta de la tienda de conveniencia y nada más. Me habló con su voz aguda para ofrecerme en 12 pesos una bola de pozol, la bebida tabasqueña por excelencia hecha a base de maíz y cacao. Me disculpé comentándole que no me gustaba, pero le hice plática y le pregunté cómo se llamaba.

—José—mintió.



Dijo que iba a la primaria vespertina y que sus compañeros se burlaban de él por tener que salir a vender para ayudar en casa.

—Me dicen que si no tengo papás para que me den dinero —se lamentó, pero rápido agregó—: malo es si estuviera pidiendo o robando; en eso de estar robando te pueden cachar y seguro es para los que sienten que están solos.

De nueve a 12 del día sale con una cubeta blanca amarrada a un diablito, y se pone afuera de la sucursal del OXXO de la calle Transistmica, emblemática por ser la primera en aquel pueblo de 40 000 habitantes antes de que se reprodujeran como garrapatas y acabaran con los comercios locales.

Un día, me contó en la charla, se lo llevó el DIF. Una mujer a la que le abrió la puerta lo acusó de pedir dinero. Aunque él insistió en que no era cierto, lo trasladaron a las oficinas municipales, donde su papá tuvo que irlo a buscar. También mencionó que, a veces, hombres de cabellos teñidos le han ofrecido que se vaya con ellos. En realidad se refirió a ellos como “señores güeros”, pero confesó ignorar qué intenciones podrían tener. En tales circunstancias hizo lo que su padre le enseñó: no hacerle caso a las personas desconocidas.

Cuando terminamos de platicar me confesó que no se llamaba Juan, sino que era una treta que empleaba desde el incidente con el DIF. Afirmó, entonces, que su nombre era Daniel. Le creí, y a partir de aquel día me referiría a él como “Danielito”. Años después caí en la cuenta de que así se llamaba su hermano mayor y, sólo entonces, de lo parecidos que eran. También me pregunté si alguna vez conocería su celoso secreto. Esa tarde, su madre llegó preocupada hasta el negocio familiar en el que me encontraba. Me preguntó por la plática con su hijo y cuáles eran mis intenciones. Le respondí que me parecía loable el esfuerzo que hacía y que deseaba contar la historia. Ella aceptó feliz y remató diciendo que estaba orgullosa de tener un niño de buen corazón. Antes de irse me comentó que, apenas unos días antes, yo le había ayudado a su esposo con una nota por una detención injusta.

A lo largo del 2014 y principios de 2015 me encontré varias veces a “Danielito”, hasta que un día me presentó a su hermano mayor. Andaban montados en un viejo triciclo tubular en el que emprendieron un negocio de acarreo de basura, aprovechándose del deficiente servicio de limpia pública. Cobraban cinco o diez pesos a cambio de deshacerse de las bolsas o algún mueble que estorbara en el patio.

Los hermanos pedaleaban hasta atrás del parque, en la esquina en donde se estacionaban los únicos dos camiones de basura que operaban en todo el municipio. Al principio podían echar la basura, pero uno de los trabajadores vio en ellos una oportunidad, y comenzó a cobrarles una cuota a cambio de echar los desperdicios en los contenedores. Los niños fueron más astutos y se negaron: entonces botaron la basura en diversas partes de la ciudad, en donde se acumulaban montañas de bolsas con desperdicios, hasta que los empleados municipales se vieron obligados a levantarlas sí o sí.

Era mayo cuando publiqué la nota sobre los cobros. Los niños y otras personas que tenían un trabajo similar se fueron a quejar al municipio. En una ocasión que los hermanos estaban afuera del OXXO de la calle Transistmica, el alcalde llegó en una lujosa camioneta asignada al Ejecutivo y adquirida con el erario; trataron de hablar con él sobre el problema, pero los ignoró. Por eso tomaron la decisión de regar por la ciudad la basura que recogían de las casas. Gracias a eso, el regidor primero les hizo caso y les otorgó permiso para tirar las bolsas en los camiones, sin cobro, siempre y cuando dejaran de botarlas por las calles.

Terminaba agosto cuando descubrí un improvisado cartel pegado en el muro sin repellar de Bodega Aurrerá, el único supermercado de cadena en aquel Agua Dulce que, para entonces, ya estaba sumergido en una violencia creciente: desapariciones forzadas, asesinatos en la calle y fosas clandestinas que vomitaban cuerpos desfigurados por la hinchazón putrefacta,

momias de arena o huesos limpios, roídos y sin carne, y ebúrneos cráneos de sonrisa macabra despojados de dignidad y rostro humanos.

La gente que salía de la tienda no se detenía a ver aquel grito de “SE BUSCA” en letras moradas debajo de la fotografía de un niño con uniforme de secundaria y una mochila roja cruzada por el torso que descansaba bajo su palma izquierda. El volante tenía escrito a mano algunos datos importantes. Primero, un teléfono celular y un nombre con una referencia de contacto y, segundo, como cabecera, el nombre: “MeYamo Arturo DANiel”.

Telefoneé al número adjunto. Una mujer llamada Laura me explicó que ella era conocida de la mamá del muchacho, que estaba desaparecido desde hace un par de días cuando salió de casa para ir al centro a cobrar unos tamales. Como no había vuelto estaban preocupados por él y decidieron pegar los carteles por si alguien tenía alguna información. No había denuncia por desaparición. Tampoco creían que hubiera algún motivo por el que el chico hubiera decidido irse de casa. Agradecí la información y dije que saldría al día siguiente en el periódico. La nota de cinco párrafos se publicó el 28 de agosto, el mismo día que lo encontraron.

La dinámica de la muerte en Agua Dulce hacía difícil saber, al momento en el que hallaban un cuerpo, de quién se trataba. Tenía el contacto del dueño de una funeraria que trabajaba para la Fiscalía y que me llamaba por teléfono para anunciar las tragedias de manera críptica. Me dijo que habían encontrado un cuerpo en el basurero municipal. Para entonces, sólo sabía que se trataba de un varón degollado. Los de la funeraria dijeron que estaba pesado y que fue difícil sacarlo de la llanura de desechos para subirlo a la plancha. Lo encontraron cuando removían la basura que una máquina compactaba para que la ciudad pudiera seguir vertiendo desperdicios por algunos años más, hasta que el suelo se embriagara de lixiviados y el horizonte se tapara de desechos.

Tres personas extrajeron la plancha mortuoria de la camioneta, que parecía un comal humano, para ingresarla a la morgue. El perito y uno de los trabajadores de la funeraria lo sostuvieron de las asas superiores, y

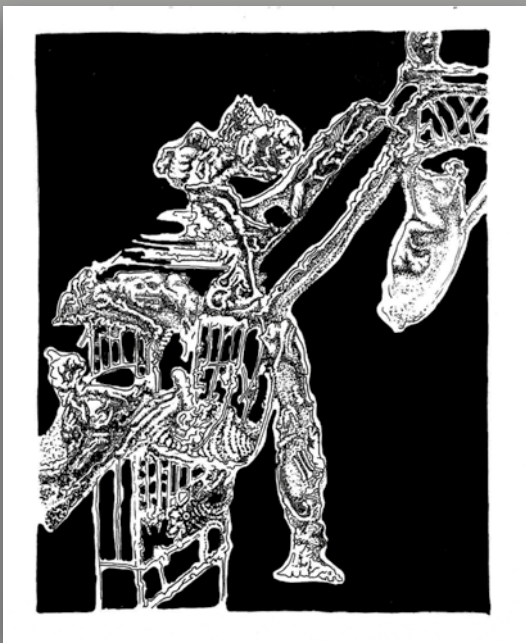
el dueño avanzó de espaldas, guiándola con ambas manos del lado donde se juntaban los pies. Aunque el cuerpo estaba envuelto en una bolsa plástica negra, la pierna izquierda en *rigor mortis* se asomó, confirmando, amarillenta y con su brillo apagado, que la carga que los tres se afanaban por maniobrar era una vida extinta.

Mientras esperaba afuera del local, me llegaron dos fotografías que un elemento de la Policía Estatal tomó en el sitio. En una el perito caminaba en una zona llana del basurero, hasta donde podían entrar los camiones para descargar. La otra era de un poco más adentro, donde se sobreponían los residuos en capas agrias. El perito reía. Lo capturaron mientras se agachaba para terminar de rodar el cuerpo pálido, de torso desnudo, bermudas negras y un hueco en la rodilla derecha por el que se advertía la carne morada. Yacía entre cartones, restos de un árbol, una llanta, un mueble deshecho y otras cosas que acabaron en el vertedero local. Por alguna razón, la mayoría de los objetos en el lugar eran de un color sucio, un café basura que parecía haber absorbido el cuerpo doblado de las piernas, congelado en una posición como si fuera a echarse a andar en cualquier instante. El perito parecía ignorar toda la pestilencia y el cuerpo bajo sus manos. Bromeaba, posiblemente, mientras con una sonrisa amplia levantaba otro muerto, porque ése suele ser el trabajo de la Fiscalía: recoger cadáveres, no investigar por qué fueron asesinados.

Me dirigí a la oficina gris rata de la Policía Ministerial para saber si alguien ya había identificado el cuerpo. Afuera encontré a una mujer que daba vueltas sobre la acera, inquieta, junto con un niño pequeño. Le pregunté, con la mayor delicadeza que se puede emplear en estos casos, si era familiar de la persona que habían encontrado por la mañana. Respondió que ella se llamaba Irene Carmona, y que su hijo estaba desaparecido. Su esposo andaba en la funeraria para ver si era él o no, pues les habían llamado. Busqué la fotografía del cartel afuera del supermercado para mostrársela, y me confirmó que era a él a quien buscaban. Ella, que me reconoció desde el inicio, me hizo recordarla. Me dijo que era la mamá de “Danielito”. El niño que iba con ella era el más pequeño, al que yo



Telar



Vuelta

aún no conocía, y era al hermano mayor al que buscaban. Finalmente recordé la forma de su cara, los ojos pequeños, el pelo engominado en punta de la fotografía. Sentí que el alma se me iba al suelo.

—Hay otros niños desaparecidos —mencionó, de pronto, ensimismada. Tenía la confianza de que no fuera él, aunque eso implicara que siguiera desaparecido.

Mientras esperamos, Irene me platicó un poco más de Arturo Daniel Morales Carmona. Acababa de iniciar el segundo año en la telesecundaria de “El Burro” y la ayudaba a vender los tamales que hacía, al igual que su hermano menor. Por cada tamal vendido a 17 pesos, él y su hermano ganaban dos.

—Le gusta vender, lo hace para ayudarnos y ganar su dinero. No tiene ni celular ni computadora, pero le gusta jugar al Xbox, y con lo que gana renta allá atrás del parque —relató.

A veces se saltaba el juego, volvía temprano a casa y le preguntaba a su mamá si quería un refresco. Ella asentía y el chico iba a comprar una Coca-Cola para compartir.

El martes salió a cobrar unos tamales que había vendido unos días atrás. Se fue a las 19:25 horas y mencionó que regresaría a buena hora, pero no volvió.

Cuando Irene notó la desaparición de su hijo, acudió a la Policía Municipal, pero le dijeron que no podían

recibir su reporte sino hasta que pasaran 72 horas. Después fue al Ministerio Público y quiso poner una denuncia, pero nada más se levantó un acta circunstanciada. La desaparición de Arturo no activó la Alerta Amber.

Desde entonces sus dos hermanos menores lloraban, mientras el padre, Sandro, apegado a la iglesia, intentaba tranquilizar a su esposa:

—Déjame que me comunique con el cielo para que vea a mi hijo —le dijo, y por fin, la noche antes de que apareciera, lo vio en sueños.

Después de darme estos detalles y de agregar que vestía camisa de cuadros de color beige y unas bermudas, también a cuadros, finalmente me soltó la pregunta:

—¿Sabes si es mi hijo?

Le dije que no sabía porque estaba tapado, pero que había escuchado que pesaba mucho, así que podría ser de un adulto. Lo hice en un intento por reconfortarla. Y también porque, en el fondo, no me cabía en la cabeza que alguien pudiera asesinar a un chico de 13 años.

El cacharro de la Ministerial se estacionó arriba de la banqueta, frente a la oficina. Del lado del copiloto descendió un hombre flaco que parecía haber envejecido cinco años de golpe. Lo reconocí de un año atrás en el parque: era Sandro. Desencajado, pronunció algo,

pero nadie entendió qué. Caminó hacia su esposa y su hijo, pero parecía como si se fuera a desarmar en el trayecto. Irene se acercó a él y los seguí a la distancia con la mirada. No acababan de acortar los cinco metros que los separaban cuando noté que pronunciaba algo.

—Sí, es él —murmuró más para sí que para la mujer y el niño que esperaban una noticia. Pero el célere movimiento de sus labios bastó para ser interpretado por su esposa.

El hermanito pequeño, más joven que “Danielito”, sollozó ante la confirmación de que su hermano fue encontrado muerto en un basurero, con la garganta destrozada. Un lamento coral se orquestó con una carga de rabia y melancolía. Irene se retorció de impotencia.

—No se metía con nadie —gritó Irene, para luego recibir los reclamos del padre de ¿por qué lo mandó?, ¿por qué lo dejó ir?, como si la culpa recayera en ella. Luego, entre otros lamentos y maldiciones, la mujer reclamó que perdió a Arturo por una persona que no quería al muchacho cerca de su hija.

Arturo no poseía más que tres pares de zapatos en casa y su ilusión, según su madre, era convertirse algún día en un ingeniero ambiental y tener un cuarto con piso de mosaico. Sus padres insistieron en que no tenía motivos para morir.

Desde entonces, “Danielito” luce más melancólico que de costumbre. Durante un tiempo trabajó de cerillito en el súper local, pero luego lo corrieron, y ya ni siquiera lo dejan vender tamales afuera. A veces se atravesaba enfrente de los autos, toreándolos con su vieja bicicleta y sus chanclas rotas, como si esquivara la muerte siendo más rápido que ella.

En una ocasión que nos encontramos, le prometí que lo invitaría a desayunar. Quedamos de vernos en el parque. Fuimos a un carrito de tacos que se ponía enfrente de la plaza. Pidió con timidez tres y un agua de horchata, pero los devoró con ahínco. Luego nos sentamos en las bancas de granito del parque, justo enfrente del lugar donde entrevisté a Sandro, su padre, algún tiempo atrás.

—A mi hermano lo mataron por 20 mil pesos —soltó de repente. Eso fue lo que escuchó decir a su madre. Que un hombre lo mandó matar porque no quería que anduviera con su hija.

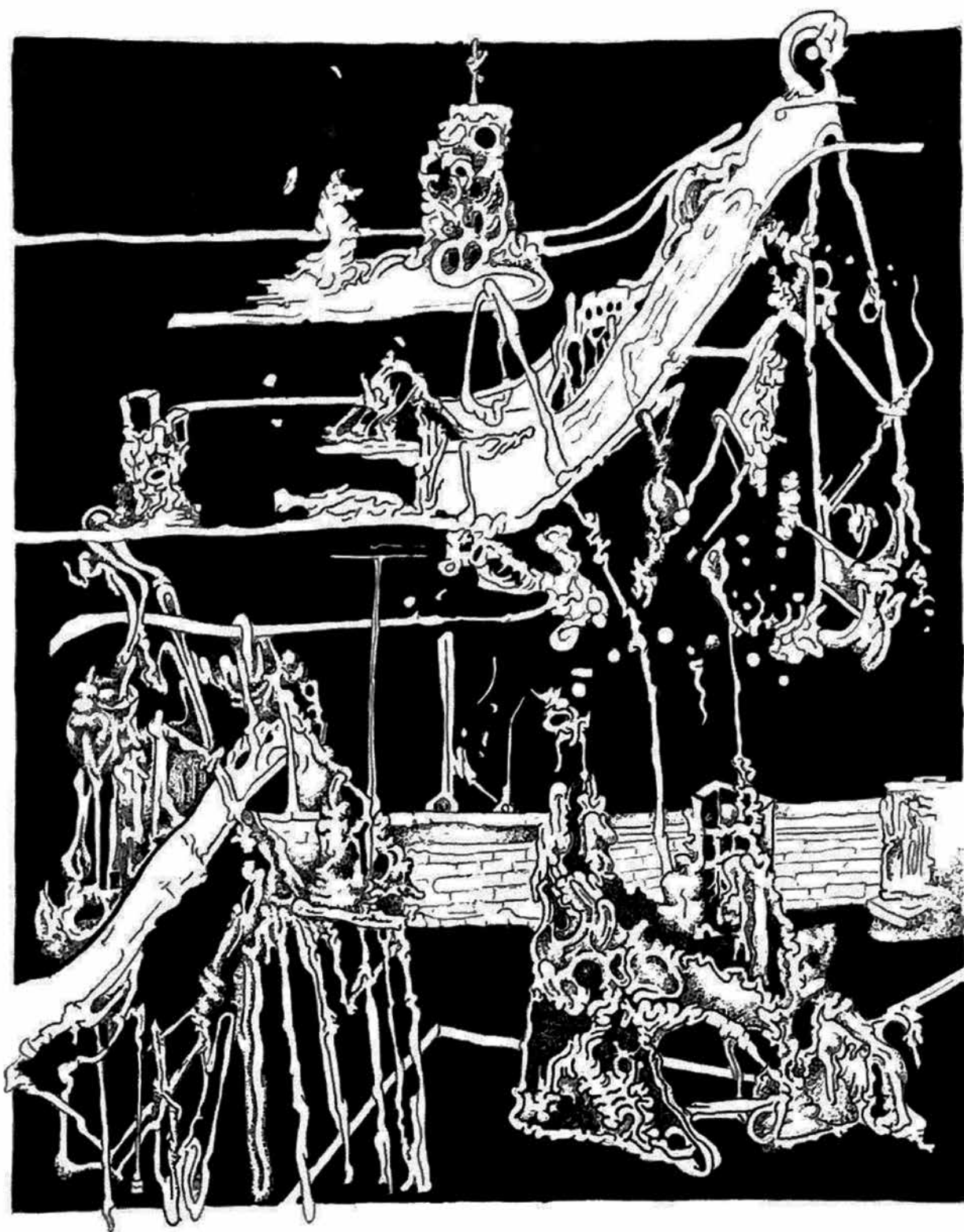
Cuando volvimos caminando por el parque logró sonreír un poco por el almuerzo, y señaló con el dedo el local de videojuegos al que a veces iba con Arturo, pero después posó los grandes ojos cafés en unos columpios oxidados instalados sobre el pasto.

—Aquí venía con Arturo y, a veces, nos sentábamos en los columpios y nos olvidábamos por un momento de todo, como si fuéramos chiquitos.

Quise decirle muchas cosas, pero se me quedaron agolpadas en el pescuezo como un nudo rígido y doloroso.

—Lo extraño mucho.

Los homicidios siguieron acumulándose unos sobre otros, contados y borrados a final del año en el reinicio del *ejecutómetro* que puntualmente registran los periódicos. Las muertes continuaron criminalizándose. Lloradas por quienes los amaron, repudiadas por los demás por haber sido firmadas con plomo como seña *inequívoca* de que sus *malos pasos* los llevaron a ese despeñadero. Años más tarde abandoné aquella ciudad convulsa, deformada: en aquel lugar donde todos nos conocíamos, nos volvimos extraños. De cuando en cuando pregunto cómo van las cosas por allá. He escuchado que “Danielito” todavía anda por ahí en su bicicleta, echándole carrera a los autos cuyos conductores amenazan con aplastarlo uno de estos días de pandemia. Ha de tener casi la edad en la que quedó atrapado su hermano, y pareciera condenado a ser más parecido a él que la simple reproducción de sus facciones prematuramente endurecidas: avanza por Agua Dulce como una figura veloz e invisible, una molestia callejera de voz aguda, una sombra del paisaje urbano. El niño que te abre la puerta. Que tira tu basura podrida por cinco pesos que no alcanzan para nada. El niño que no ves, hasta que se vuelve *nota roja*. 



Bordes

HAPPY LLAMA:

una experiencia inesperada

XILONEN MÉNDEZ CASTELLANOS

Crónica: Segundo premio

Era de noche, el caos, el pánico y la preocupación dominaban en la casa. Caras de cavilación, de inquietud y de duda se apropiaron de aquel grupo reunido en la mesa del comedor. Fue allí donde se tomó la decisión de designar a una persona que debía hacerse cargo de las compras. La incertidumbre y la tensión se evidenciaron, pues nadie quería caer contagiado.

—Acabo de recibir un mensaje en el grupo del vecindario —exclamó la señora María, una peruana un poco ansiosa, pero con un carácter maternal—. Me pasaron un video en el que se están llevando a un señor en una ambulancia. Es mejor que no salgan.

—Háblenle a Gonzalo para coordinar las compras —se escuchó a lo lejos.

—¡Hay que hacer una lista con lo que cada uno va a necesitar! —dijo Nadia, una brasileña joven, delgada y caucásica, de ojos sonrientes y vivaces.

La preocupación y el miedo aumentaron y entraron a muchos hogares. Prima salvaguardar la integridad física a costa de la libertad para salir a hacer lo que a uno le plazca. Tal fue el caso de Happy Llama, una casa de huéspedes en la que, por diversos motivos, desde estudiantes hasta turistas suelen converger durante su estadía. Esto acontece de manera regular, pero esta vez se convirtió en un asilo para algunos extranjeros que ahí se encontraban y que por diversos motivos no pudieron regresar a su lugar de origen.

Con la ilusión y la promesa de salir en 15 días, cada quien se abasteció como pudo, salía uno tras otro a pesar de ser más de las ocho de la noche. Nadie estaba preparado para esta situación: quedar confinado en un Airbnb con personas que sólo se conocían de vista y por haberse cruzado una que otra vez en los pasillos o espacios comunes. Los primeros días fueron fáciles, pero como el virus, también el pánico de la señora María se propagó. El miedo y la desinformación se adueñaron de ella, no quería que ella ni nadie de su familia se enfermaran. Así que hubo algunas reglas adicionales.

Rosa Erendira Gallegos Meza
De la serie *Temor de las palabras que no se dicen en situaciones adversas*

El 18 de marzo la señora me abordó y me comentó los nuevos protocolos. Fue una conversación breve y difícil de entender, pues parecía que no quería que el resto se enterara.

—¿Ya saliste el día de hoy? —me preguntó.

—No, hoy no. Salí ayer a comprar unas cosas para estos 15 días.

—Bueno, te comento que si sales tenemos nuevas reglas. Cuando entres coloca los zapatos en la bandeja con lejía. Luego, en las escaleras, desinfecta las monedas y los billetes, el último paso es la limpieza de objetos personales.

Al principio no le di mucha importancia. Pensé qué, cómo, para qué. Sin embargo, debía acatar las nuevas normas para continuar viviendo ahí, y eso con la idea de que sería temporal. Tal vez sólo unas cuantas semanas.

Empezamos por desarrollar lo que denominamos “protocolo de bioseguridad”. Acciones concretas para cuidarnos y no enfermar. Había que empezar poco a poco. Las salidas eran para asuntos indispensables como la adquisición de alimentos, mismos que debían ser desinfectados a nuestra llegada. Pero ahí no acababa todo. También era necesario bañarnos y lavar la ropa con la que habíamos salido para evitar una fuente de contagio adicional. Recordar todos estos pasos era difícil, ya que no estábamos acostumbrados a hacerlos, por lo que nos ayudamos de señalizaciones y notas algo mal cortadas y pegadas en puntos estratégicos, donde todos pudiéramos verlas para no omitir ninguno.

Al comienzo todo esto me pareció exagerado, hasta obsesivo. Pero al ver el incremento de personas que morían, me di cuenta de que lo que estaba pasando era realmente grave. Era algo que nadie había vivido nunca, y por precaución, más que por conocimiento, era necesario actuar para vencer a un enemigo invisible, pero extremadamente poderoso.

Las compras comenzaron a ser comunitarias, pues todo apuntaba a que había un caso de contagio por la zona. Hicimos planes pensando que todo continuaría igual. Una lista con varios productos de primera necesidad se desplegó. Predominaban menestras, frutas, atunes y enlatados que no pueden faltar para esta clase de situaciones apocalípticas. Era imposible que una sola persona pudiera cargar con tanto.



baile e incluso box. Pero todo se quedó en eso, en planes que nunca se realizaron.

No pasaron ni 12 horas cuando una nueva alarma surgió en la casa. El mensaje era claro: “Amanecí con un poco de dolor de garganta...”. Nadia quedó confinada en su habitación, pero no por mucho tiempo. A las nueve de la mañana llegó un nuevo mensaje. Nadia tenía que estar hacia más de una hora en la embajada de Brasil, pues de allí sería transportada al aeropuerto para abordar un vuelo de carácter humanitario que la llevaría de vuelta a su país tras haber quedado varada aquí desde que se restringió la actividad aérea para contener la propagación de la COVID-19. Por un instante, todos nos olvidamos del coronavirus.

—Acabo de ver en el Facebook de la embajada que mi nombre estaba en la puta lista para irme hoy. Dice que tenía que presentarme a las siete y media allá para imprimir el ticket, tomar el auto e ir hasta el aeropuerto —comentó Nadia.

—Tranquila —dijo la señora María—, ¿cómo te ayudamos? ¿Imprimimos el ticket? Envíalo ya.

—Nadia, danos tu apellido, ya llamo un Uber —exclamó Sonia, una peruana con acento brasileiro, de complexión delgada y tez morena.

Así como la casa se llenó de habitantes, así se fueron yendo con la esperanza de volver a sus países y pasar este largo periodo de confinamiento con sus familias. Todos se iban, salvo aquellos que teníamos algo que nos obligaba a quedarnos.

El grupo quedó conformado por cuatro personas que parecían peruanos. Y aunque había algunos que sí lo eran, la apariencia de los otros se rompía cuando empezaban a hablar. El acento los delataba: terminaciones alargadas, la velocidad, los tonos de voz y el ritmo. En fin, se podría decir una y mil cosas sobre este tema, pero no es el que nos concierne en esta ocasión.

Gonzalo, quien recientemente nos abandonó, forma parte de los 32 millones que habitan Perú, es limeño de nacimiento. Tiene 41 años, es de estatura promedio y cuerpo fornido. Solía vestir un polo sin mangas, short y sandalias. Él es de esas pocas personas que con su sola presencia alegran cualquier ambiente tenso. Siempre estaba dispuesto a ayudar en todo lo que

—¿Y si hacemos una olla común? —preguntó la señora María—. Sería más fácil para todos, menos cosas.

—¡La experiencia hablando, señora Mari! —gritó Gonzalo, un limeño de mediana edad cuya voz se podía escuchar hasta el lugar más recóndito.

—¿Pero tú qué vas a comer, Nadia? —preguntó Diego, un colombiano calvo, de aspecto tranquilo y relajado—. Tú no comes carne.

—Puedo comer arroz, y me hago algo aparte —replicó Nadia.

Así concluyó aquella larga y tensa reunión. Nadie se detuvo siquiera a pensar que aquella información pudiera ser falsa, sólo la creímos. Desde ese preciso momento la vida de cada uno cambiaría. Propusimos actividades para la mañana, tarde y noche con la esperanza de convivir y hacer más amena la estancia: meditación,

podiera sin esperar nada a cambio, incluso si eso implicaba cambiar sus actividades; decía que siempre hay que llevarse un aprendizaje de cualquier situación. Él, en esta cuarentena, empezó a incursionar en la cocina, antes no picaba ni una papa.

Gonzalo únicamente se quedaría por una semana. Ante la negativa del gobierno a levantar la cuarentena, su estancia se prolongó más de 100 días. A él, más que el impacto económico, le preocupaba el social y psicológico.

—Me pesa no poder ir a ver a mis padres, a mis primos, a mis hermanos, a mis sobrinos, a mis amigos. Soy una persona muy social. El hecho de estar de alguna manera aislado también tiene una factura psicológica. Eso, particularmente, lo he sobrellevado haciendo mucho ejercicio —comentó Gonzalo.

Los siguientes días no resultaron sencillos para nadie. El deseo de salir, conocer o simplemente pasar el rato obligó a los huéspedes a convivir. Desde jugar, cocinar, hasta la desinfección de todo aquello que entraba a la casa. Los problemas empezaron luego de un mes, pues convivir con las mismas personas sin poder salir siempre trae consecuencias. Cada quien hacía lo que le correspondía, pero siempre existía la duda sobre si el de al lado también cumplía con los protocolos establecidos. Desde el comienzo Gonzalo fue cuestionado sobre este asunto, pues era quien salía a la calle con mayor frecuencia por asuntos de trabajo.

Pero todo tiene un límite, y el de Gonzalo no tardó en llegar. Una tarde, mientras preparábamos el almuerzo, la bomba estalló. Ese día había un sol intenso. El calor era insoportable. Gonzalo acababa de llegar y el primer comentario que escuchó fue:

—Gonzalo, si sales a la calle hay que respetar todos los protocolos de seguridad —le reprochó Sonia, como una maestra que regaña a su alumno por no hacer las cosas bien.

—Lo voy a decir una sola vez. Y escúchame. Aquí todos seguimos los protocolos. Así salga yo o salga alguien más —concluyó Gonzalo con un tono molesto e irritado. Ese día había caminado dos horas bajo el sol para ir al banco y poder darles a sus papás el gasto mensual.

Hasta antes de julio, el uso de vehículos particulares estaba prohibido. Había que ir a todo lugar caminando.

El riesgo de contagio por usar el transporte público era latente. Un espacio confinado que más bien parecía una sardinería.

La ansiedad y el miedo crecieron. Las medidas en la casa se intensificaron. La comunicación con la casa, en este punto, se volvió totalmente virtual. Para tal efecto, creó un grupo de WhatsApp: “Santa Prisca”. En la primera conversación se tocaron varios puntos. El primero, distanciamiento social interno. Ello implicaba separarnos para cocinar y almorzar de manera aislada. En silencio. O almorzar en la terraza. Para nosotros dejar de convivir no era una opción. La situación, de por sí complicada, se podía agravar. Optamos por hacer dos grupos para cocinar y almorzar juntos. El primero conformado por Gonzalo y Sonia. El segundo por Diego y yo.

El segundo punto. Por recomendación, no podíamos salir durante 15 días. Tuvimos la oportunidad de que alguien saliera por una única ocasión a surtirnos para estas dos semanas. Diego, ya con una actitud más pesimista, hizo las compras en esa ocasión. Pero aquella fue la última vez que salió. Al igual que la señora, el miedo a enfermar lo aprehendió y decidió no salir más. Incluso adoptó medidas de limpieza y desinfección extremas. Además de los protocolos ya establecidos, Diego cumplía otros muy estrictos para entrar a su cuarto.

Los olores a cloro y alcohol siempre estaban presentes. Un par de zapatos para su cuarto y otro para el resto de la casa. Al llegar se cambiaba de ropa y desinfectaba todo aquello que llevaba a su cuarto. La base de una taza o un plato. Hasta su celular, si es que lo sacaba del cuarto, debía ser desinfectado con alcohol.

—He adoptado medidas que hasta yo creo que son ridículas. Digamos que desde antes yo ya era así, pero ahora soy peor —dijo Diego, entre risas y preocupación.

El tercer y último punto fue la limpieza. Cada uno debía hacerse cargo un día a la semana de la desinfección de lugares comunes. La cocina, el comedor, chapas y barandales debían ser limpiados a diario. Esta medida no duró mucho, pues había quienes no lo hacían y pasó al olvido.

Los nuevos hábitos de higiene no fueron lo único que nos afectó. El ámbito económico para uno de los integrantes de este pequeño grupo fue el más dañado.

Diego abandonó una vida en busca de otra mejor. Pero no todo se desarrolló como a él le hubiese gustado. Vino a Perú con la promesa de un trabajo de investigador a cambio de un salario justo.

Días antes del inicio de la cuarentena, el 14 de marzo, Diego firmó contrato con la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Pero con el inicio del aislamiento su trámite se frenó de manera abrupta. Se quedó varado en el país del suspiro limeño sin más que dos maletas y unos cuantos reales, endeudándose de pies a cabeza con la mensualidad del Airbnb y con su jefa. Sin embargo, él aún no consideraba alarmante su deuda.

—Creo que a pesar de lo que se está viviendo en el mundo, no todo está tan mal, tan terrible. Todavía se puede sobrellevar, no es tan crítico —comentó Diego con un poco de duda. Solventaba gastos relacionados con su alimentación e intentaba aprovechar hasta la última cosa, porque según él “aquí nada se desperdicia”. Aun así, no se atrevía a pedirle dinero a su familia, pues no quería preocuparlos.

Su personalidad tranquila, aunada a su manera de pensar, actuar y provocar, lo condujeron a varias discusiones y roces de carácter político e ideológico con Sonia. Por las condiciones del encierro, cosas en apariencia insignificantes comenzaron a tomar peso y desembocaron en una disputa:

—Sonia, estoy bravo contigo —dijo Diego con un tono molesto—. Tiraste mi cebolla.

—¿Cuál cebolla? —replicó Sonia un poco desconcertada.

—La que tenía ahí, en el vaso de la cocina. Yo la estaba guardando —le contestó Diego con la intención de provocarla.

El almuerzo comenzó a tornarse incómodo y tenso para Gonzalo y para mí, pienso que no vale la pena enojarse por algo así.

—No, la cebolla que estaba ahí era la que habíamos puesto con Xilo —respondió un poco alterada.

—Se pusieron dos. La primera es la que nosotros colocamos, y la otra, la que quedó, era la de Diego —respondí—. Ya le dije a Diego que agarre una de las que están ahí, pero no quiere.

—Ahí está. La que quedaba era la mía —dijo Diego.



Sonia no sabía qué responder. Se hizo un silencio. Le cuesta trabajo aceptar que se equivocó. Se molestó, se disculpó y, cual niño pequeño que dice que ya no tiene hambre, se levantó y se fue. Sin decir nada más.

Para ella la cebolla no era importante, pero como dice Diego: “Lo que para unas personas es importante, para otras tal vez no lo es tanto”. Lo que empezó con una cebolla se trasladó al tema de la desinfección. Todo apuntaba a que Sonia “bajó la guardia” y dejó de cumplir con algunas medidas: cambio de ropa y calzado, y baño después de cada salida. “De nada sirven todas las medidas que estamos tomando si alguien no las cumple” me comentó Diego en varias ocasiones. Esto lo inquietaba bastante, pero es algo que él no puede controlar.

A pesar de las diferencias, según Sonia, él es quien mejor la puede entender por la vida de investigación en la que han estado inmersos todos estos años. Lo

que comenzó como una noche de sábado para relajarse y convivir se tornó una velada melancólica. Comenzaron a hablar de temas banales y de alguna que otra cosa un poco más trascendente. Educación, salud y familia. Sólo bastaron unas cuantas copas de alcohol para que Sonia dejara ver su lado emocional. Ella considera que mostrar los sentimientos en público es sinónimo de debilidad.

Se dirigió a Diego con la voz un poco entrecortada y le preguntó:

—¿Qué harías si estuvieras en mi lugar? Eres el único que puede entenderme.

Sin saber qué decir, Diego se quedó callado, y después de pensarlo le respondió:

—Creo que la repuesta es un poco obvia. Tú viniste aquí por tus papás.

—Pero qué harías si te dicen que tal vez tu papá no llegue al próximo año —respondió Sonia entre lágrimas.

—Sonia, tú no sabes eso. Te pongo el ejemplo de mi viejo. Él tenía un problema en el corazón. No le daban más de cinco años. Y mira ahora, diez años después, sigue vivo —comentó Gonzalo intentando animarla.

—Gonzalo, mi papá está muy mal. No logran controlarle la presión. Yo no quiero ni imaginar cómo se va a poner mi mami —respondió apretando sus manos contra sus ojos llorosos.

—Sonia, de verdad, eso no lo sabes —insistió Gonzalo. No te precipites. Tus papás están aquí cerca, puedes ir a verlos cuando quieras.

Aparentemente la situación se había calmado. Limpiamos la mesa. Sonia no tenía la intención de irse a dormir. Se volvió a sentar, y le dije que se fuera a acostar, pero de forma obstinada me pidió que me quedara para platicar. Así lo hice. Lo primero que me preguntó fue:

—¿Te puedo abrazar?

Para ser honesta, esa pregunta no me la esperaba. En ese momento pensé tantas cosas: “hay que mantener la distancia”, “ahora qué hago, ya todos se fueron”. Asentí con la cabeza.

Fue un abrazo fuerte, como si ella necesitara aferrarse a algo o a alguien. Sólo repetía:

—No quiero que mi papá se muera.

Como pude, intenté calmarla:

—A mi abuelita tampoco le daban más de un año, ya fueron más de diez y sigue con vida.

No pasó mucho tiempo cuando subió la señora María para ver qué estaba pasando. Le tomó la temperatura e intentó tranquilizarla. La conversación cambió de rumbo para hablar de lo que ella dejó en Brasil, y de algunas de sus conquistas románticas que, por lo que comentó, aún no ha podido olvidar.

En cuanto a mí, soy estudiante de intercambio académico y mexicana de nacimiento. Llegué con la ilusión de interactuar con una cultura diferente, aunque no muy distante de la mía. Conocer lugares e ir a la universidad. Sin embargo, la pandemia modificó todo de manera abrupta. La esperanza de que la situación mejorara para julio me hizo quedarme en Lima, hacer planes para visitar Machu Picchu, otras regiones e, incluso, conocer otros países y a su gente; concluir el semestre y volver a México con mi familia. No obstante, la evolución de la COVID-19 obligó al gobierno a descartar la apertura de fronteras.

Los últimos meses no fueron fáciles para mí. El hecho de salir por primera vez de mi país para llegar a otro a encerrarme, entablar contacto con la parte administrativa de San Marcos para realizar los trámites y esperar respuesta, en algunas ocasiones, por meses, me hizo sentir a la deriva, abandonada por la Oficina General de Cooperación y Relaciones Interinstitucionales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, que en pocas ocasiones se manifestó.

El estrés y la ansiedad por la incertidumbre de no saber qué iba a pasar, el deseo de volver a México y no poder, y el enojo y la frustración por la decisión del gobierno peruano de mantener al Perú en su condición hermética (aunque fuera una elección fundamentada) fueron algunos pensamientos y sensaciones que me embargaron durante el periodo de cuarentena. Sin embargo, el inicio de clases y poder conocernos un poco más entre las cuatro personas que nos quedamos en Happy Llama hicieron esta peripecia un poco más amena a pesar de todo lo que vivimos.

Conocer personas de diversas nacionalidades y culturas, interactuar con ellas día tras día, aprender de ellas y de sus experiencias, los momentos y recuerdos compartidos en la terraza, en la cocina y los juegos, sin



duda fueron algo único: momentos de felicidad a pesar de la situación. Pero también el hecho de poder contar con aquellos “desconocidos”, y el apoyo mutuo desde el ámbito académico, laboral e incluso personal fueron experiencias gratificantes desde el confinamiento en una casa de escasos tres pisos, sin dudar, no las cambiaría por nada.

El fin de la cuarentena obligatoria, oficialmente, fue el 1 de julio. Aunque para nosotros las cosas no variaron mucho, pues la universidad continúa con las puertas cerradas con la intención de mantener los contagios a raya. Las clases siguen de manera virtual, y a pesar de la distancia he logrado convivir con algunos de mis compañeros y profesores. Sólo Gonzalo retornó a algunas de sus actividades, pues con el fin del confinamiento y la reactivación económica logró sacar adelante los trámites de compra-venta de su departamento, así, pocos días después, el 8 de julio, dejó de vivir en Happy Llama. No cabe duda de que esta experiencia no sólo contribuyó en mi formación académica, sino también como persona, me ayudó en mi capacidad para motivarme y me dio claridad en mis propósitos, pero sobre todo me enseñó a valorar lo que es realmente importante.

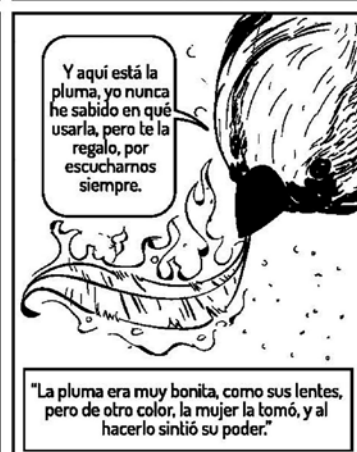
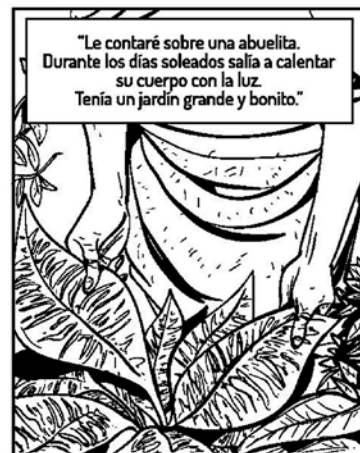
La cuarentena obligatoria en Lima terminó, pero la pandemia por la COVID-19 continúa y quedará en la historia. ❷

Algo dulce y una historia

VÍCTOR O. MARTÍNEZ GONZÁLEZ

Narrativa gráfica: Primer premio



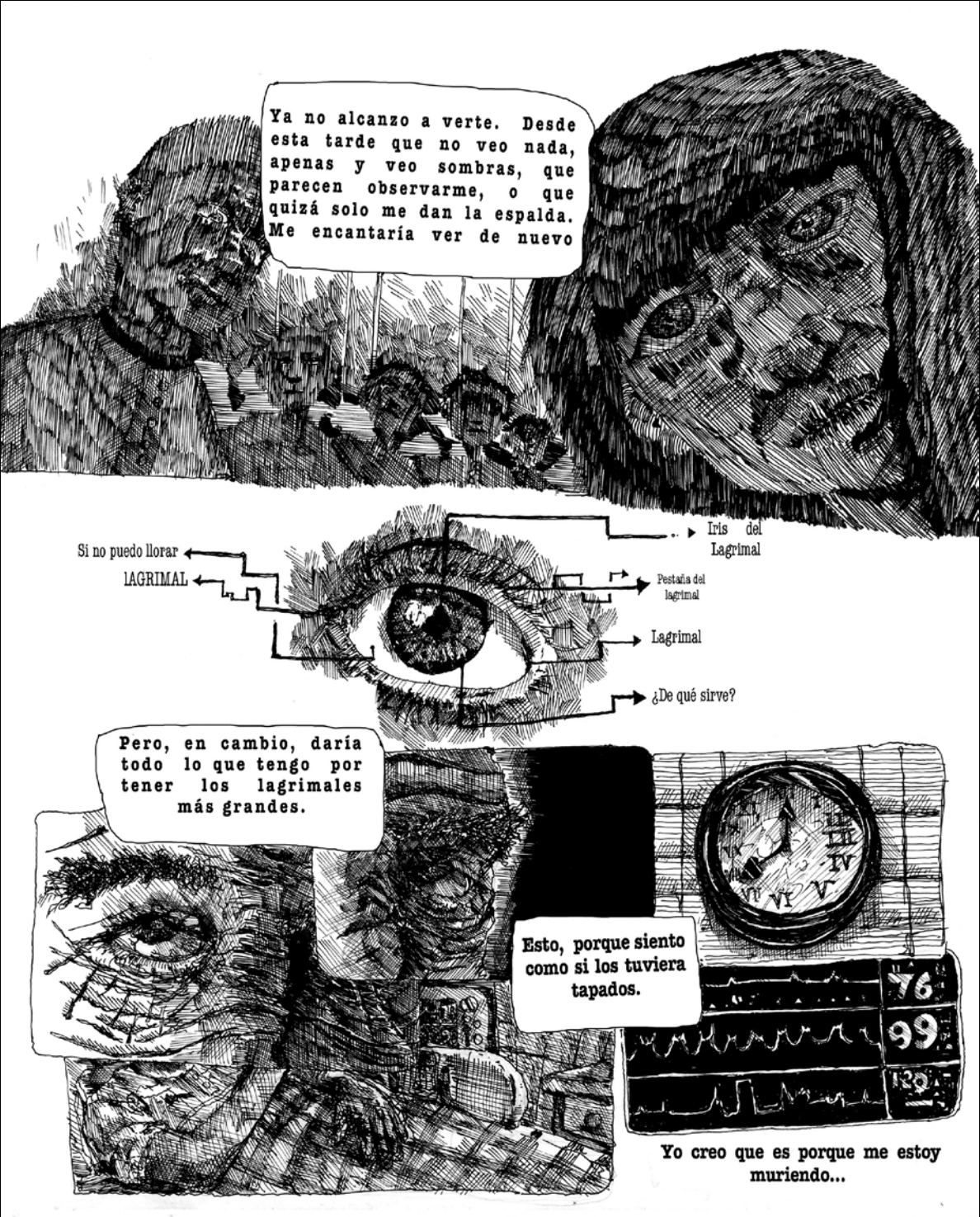




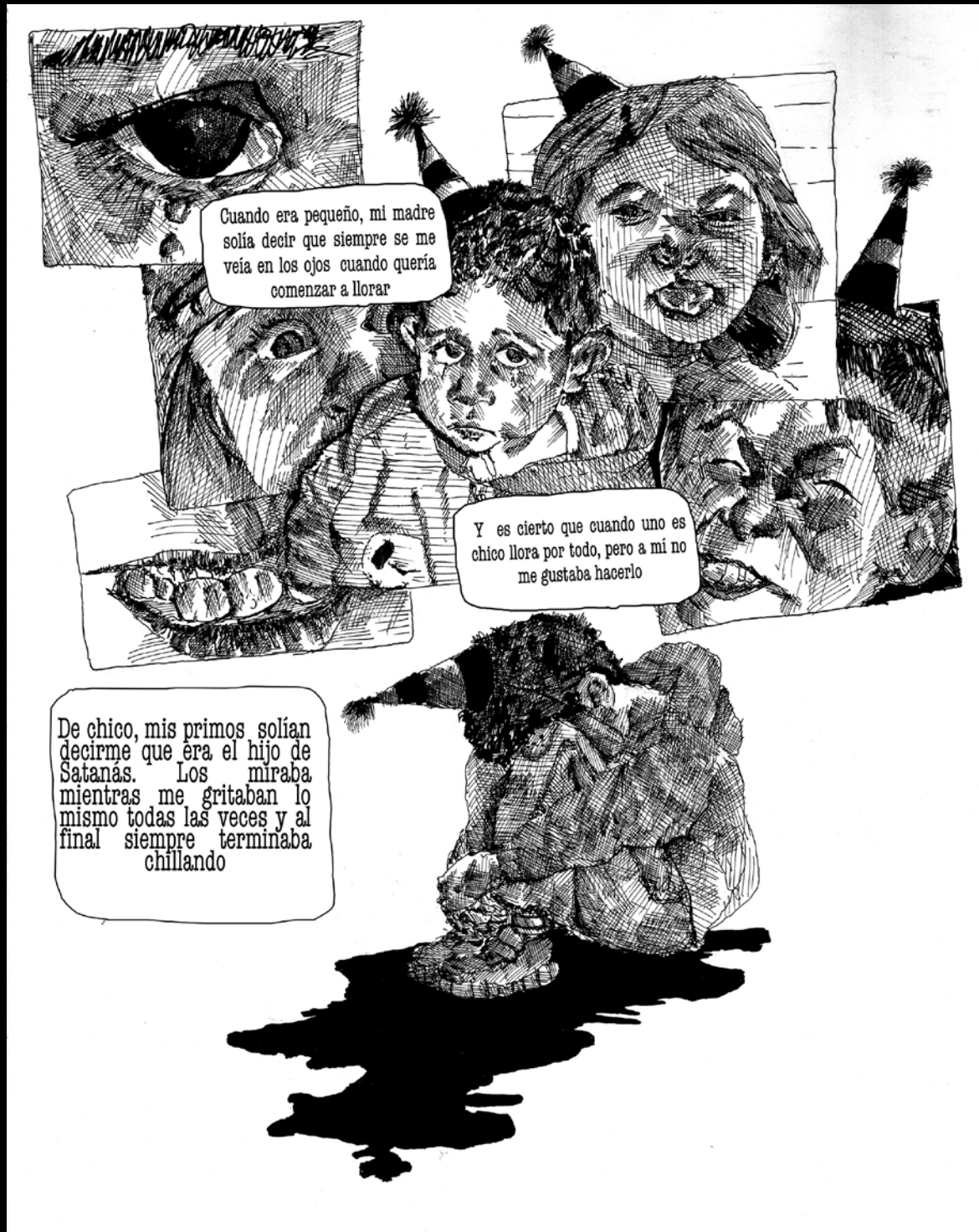
Me estaba quedando ciego

ALBERTO CASAS MONREAL

Narrativa gráfica: Segundo premio









Resultados



CRÓNICA

PRIMER PREMIO
Ya se veía venir
Violeta Alejandra Santiago Hernández
Universidad Iberoamericana

SEGUNDO PREMIO
Happy Llama: una experiencia inesperada
Xilonen Méndez Castellanos
Facultad de Estudios Superiores Aragón-UNAM

MENCIÓN
Arcoiris en la sombra
Gustavo Santillán Salgado
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

JURADO: Vicente Alfonso y Lydiette Carrión

CUENTO

PRIMER PREMIO
Minotauros
Jaime Jair Ortega de la Sancha
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

SEGUNDO PREMIO
Una vida en retroceso
Julio César Piña Valle
Centro de Investigación y Docencia Económicas

JURADO: Andrés Acosta, Liliana Blum y Ana Clavel

ENSAYO

PRIMER PREMIO
Ascensos
Luis Aristides Rodríguez Solís
Multiversidad Mundo Real Edgar Morin, A. C.

SEGUNDO PREMIO
Conjuro al horror
Karla Fernanda Osorio Lucas
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

MENCIONES

Urbex || Sobre la desintegración
Roman Gerardo Sansores Chan
Universidad Autónoma de Yucatán

JURADO: Tanya Huntington, Ernesto Lumbreras y Karen Villeda

FOTOGRAFÍA

PRIMER PREMIO
Todo se acaba siempre y se llora a retazos
Ángel Téllez Bravo
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

SEGUNDO PREMIO
Barrio en las altas montañas
César Coyotla Sánchez
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

MENCIONES

Lo veo todo negro
Fernando de Jesús Coca Escobar
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

Mamá: sobreviviendo al cáncer de mama
Aranza Daniela Bustamante Sánchez
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

Niño. Fiesta y religiosidad en Xochimilco
Andrés Martínez Ortiz
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

JURADO: Luis Beltrán, Mabe Guzmán y Oswaldo Ruiz

GRÁFICA

PRIMER PREMIO
Misocosmia
David Iván Fernández Cano León
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

SEGUNDO PREMIO
Caparazones. Mi cuerpo casa
Jazmin Norma Galván Romero
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

MENCIONES

Esse intentionale
Alejandro Casales Navarrete
Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

Liquidámbar
Mónica Alexandra Canto Pérez
Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa

Irrealidades cotidianas
Julieta Mercado Becerril
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

JURADO: Gilda Castillo y Sergio Ricaño

MINIFICCIÓN

PRIMER PREMIO
Campanas mudas sobre tierra roja
Juan Fernando Mondragón Arroyo
Universidad Autónoma del Estado de México

SEGUNDO PREMIO
El vuelo
César Fernando Santos Gaona
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

MENCIONES

Manuel Alejandro
Claudia Kareli Reyes Castruita
Universidad Autónoma de Chihuahua

Universitario
Luis Eduardo Silva Franco
Facultad de Ingeniería-UNAM

La última cena
Edwin Alexander García Escobar
Universidad de España y México

JURADO: Ana García Bergua, Liliana Pedrosa y Cristina Rascón

NARRATIVA GRÁFICA

PRIMER PREMIO
Aldo dulce y una historia
Víctor Octavio Martínez González
Facultad de Estudios Superiores Acatlán-UNAM

SEGUNDO PREMIO
Me estaba quedando ciego
Alberto Casas Monreal
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

MENCIONES

Deriva
Rocio Ameyali Espíndola Jiménez
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

Un viaje pandémico entre realidades
Azul Sofia Castillo Rodríguez
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

Exitoso
Daniel Hernández de la Cruz
Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicios 154 "Porfirio Bonilla"

JURADO: Bernardo Fernández, Bef, y Alejandra Gámez

POESÍA

PRIMER PREMIO
xviii
Daniel Laurencio Medina Rosado
Universidad Autónoma de Yucatán

SEGUNDO PREMIO
American Style
Manuel Ernesto Parra Aguilar
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

JURADO: Emiliano Álvarez, Enzia Verduchi e Isabel Zapata

• COLABORADORES •



Xilonen Méndez Castellanos (Ciudad de México, 1998). Estudiante de Comunicación y Periodismo en la UNAM, realizó una movilidad estudiantil en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Es parte de la segunda generación de la Unidad de Investigaciones Periodísticas de la UNAM.

[@xilonenjackson](#)



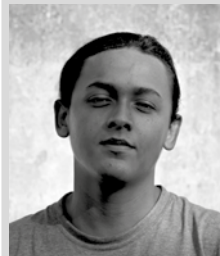
Manuel Parra Aguilar (Hermosillo, 1982). Estudiante del doctorado en Literatura Hispanoamericana en la BUAP. Fue ganador de los Juegos Florales Iberoamericanos Ciudad del Carmen 2019 y del XV Premio Nacional de Poesía Amado Nervo. Es autor de *Portuaria* (2014), *Pertenencias* (2014), *Breves* (2017) y *Permanencias* (2019).



Luis Aristides Rodríguez Solís (Pachuca, 1990). Egresado de Filosofía de la Universidad del Claustro de Sor Juana. Estudiante de la maestría en Ciencias de la complejidad en la Multiversidad Mundo Real Edgar Morin. Es autor del poemario *De noche impuesta* (2019).



Violeta Alejandra Santiago Hernández (Agua Dulce, 1991). Periodista y escritora, maestra en Comunicación por la Universidad Iberoamericana. Obtuvo el Premio Estatal de Periodismo en Veracruz (2019, 2020) y el Premio Alemán de Periodismo Walter Reuter (2019). Es autora de *Guerracruz* (2019).



Daniel Medina (Mérida, 1996). Estudió Literatura y creación literaria en el CEDART Emilio Abreu Gómez. Es autor de *El sonido de los cascos al chocarse* (2020). Es director de Ediciones O y tallerista en el Centro de Experimentación.



Karla Fernanda Osorio Lucas (Ciudad de México, 1997). Egresada de la licenciatura en Filosofía de la FFYL UNAM. Ha participado en talleres y cursos literarios en Casa del Lago y Casa del Poeta "Ramón López Velarde".



Julio César Piña Valle (Ciudad de México, 2000). Estudiante de Derecho en el Centro de Investigación y Docencia Económicas.

[@JulioPIVJ](#)



Juan Fernando Mondragón (Toluca, 1991). Es maestro en Humanidades por la Universidad Autónoma del Estado de México. Ha sido becario del PECDA (2014-2015 y 2017-2018). Es autor de *Máscara vs cabellera* (2020).

[laletraescondida.com](#)



Jaime Jair Ortega de la Sancha (Ecatepec, 1997). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFYL UNAM.



César Santos (Ciudad de México, 1997). Estudiante de Ciencia Política en la FCPys UNAM.

• COLABORADORES •



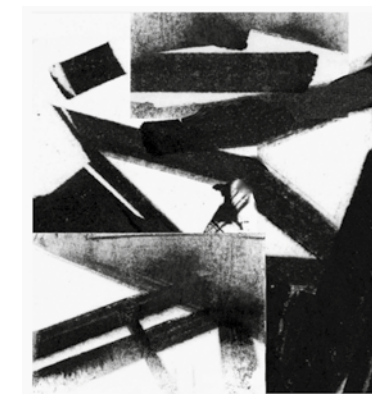
César Coyotla Sánchez (Huatusco, 1995). Estudiante de licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la UNAM y fotógrafo. Ha desarrollado su trabajo en la zona de las altas montañas huatusqueñas con proyectos enfocados en el registro de la cultura del hip hop.

[cesar.coyotla](#)



Ivan Fernández (Ciudad de México, 1991). Es licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública por la UNAM, y artista autodidacta. Ha publicado en *Punto de partida*, y sus obras se han exhibido en la Ciudad de México, Londres y Madrid.

[misocosmia](#)



• COLABORADORES •



Alberto Casas Monreal
(Tepeji del Río, 2000).
Estudiante de Artes
Visuales en la FAD UNAM.
@ bam.bam.bam.b

A CONTRALUZ



@ delacotidiana f Jazmin Galván
@ jazzgalro

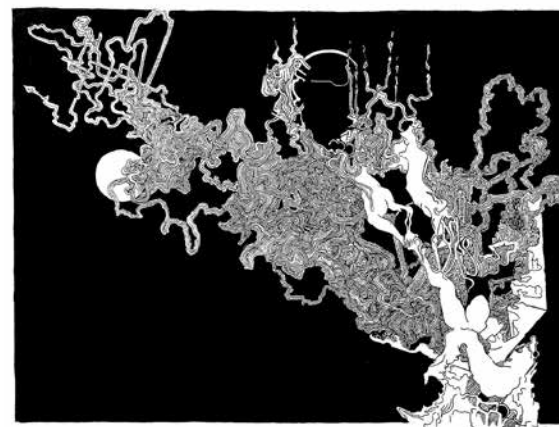
Jazmin Galván (Ciudad de México, 1996). Estudiante de Filosofía en la FFyL UNAM. Fue seleccionada en el XLI Encuentro Nacional de Arte Joven 2021 y en la Bienal UNAM de Artes Visuales (2016). Participó en las exposiciones colectivas del IV Certamen Internacional de Obra Gráfica aLfaRa (2018), Uk-Mexico Cultural Print Exchange "Mujeres Mexicanas" (2015) y A Tiro de Fuego 2° Encuentro Nacional de Talleres de Gráfica Contemporánea (2013).



• COLABORADORAS •



Yoalli Lora (Ciudad de México, 2000). Escritora, multiinstrumentista y artista visual. Estudia la licenciatura en Literatura y Creación Literaria en el Centro de Cultura Casa Lamm. Ganó el Décimo Tercer Concurso de Creación Literaria Xalapa 2021 de la Fundación para las Letras Mexicanas.



María Ochoa López (Nezahualcóyotl, 1997). Artista visual multidisciplinaria egresada de la licenciatura en Artes Visuales de la FAD UNAM. En 2021 participó en la exposición virtual "Efecto COVID: Gráfica desde el confinamiento" del Taller de Producción e Investigación Gráfica Carlos Olachea. Fue seleccionada para la exposición "Mini Print 2021" de la 22° Trienal de Grenchen.

@ mariaol05



• COLABORADORAS •



Camila Sánchez
Mejorada Buen Abad
(Cancún, 2001).
Estudiante de Cine en
CENTRO. Autora del
cortometraje "Dicotomía"
(2020), publicado en
@videoxmujeres, y
"Permanencia pt. 1"
(2020).

📷 camilasanchezmejorada



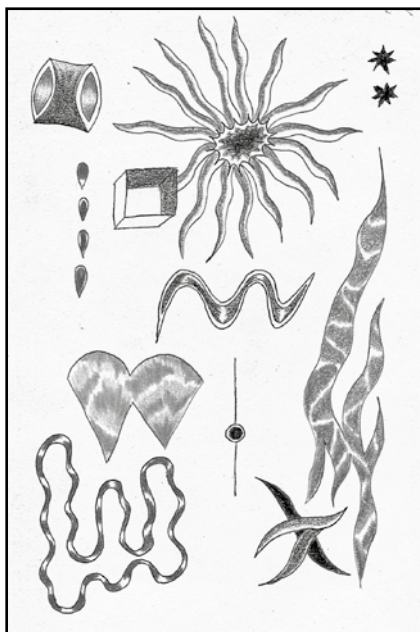
📷 fandelflann



Paulina Leyva (Paulee) (Morelia, 1997). Diseñadora y
artista multidisciplinaria. Egresada de la licenciatura en
Arte y Diseño de la ENES Morelia, UNAM.

📷 _pa000

🌐 paulee.hotglue.me

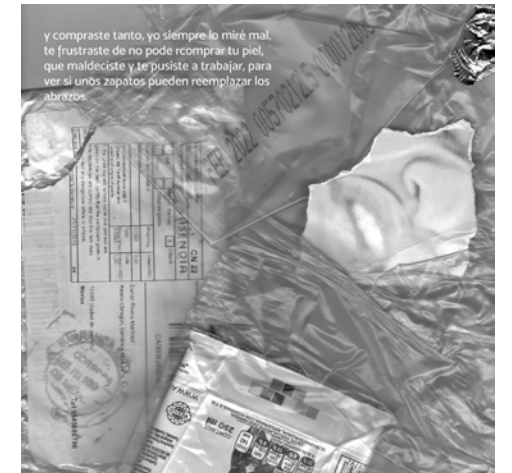
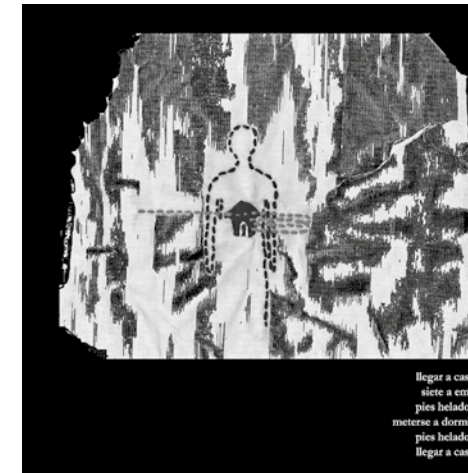


• COLABORADORAS •



Pliplila (Ciudad de
México, 1999). Es
trabajadora de una
tienda de abarrotes del
sur de la ciudad. En sus
escapadas al mundo de
la fantasía se dedica a
hacer imágenes y
lenguaje. Se interesa por
la teoría de la imagen y
los signos, el espacio y el
sonido.

📷 pliplila



Rosa Erendira Gallegos Meza (Ciudad de México, 1992).
Artista. Estudió Diseño de la Comunicación Visual en la
FES Cuautitlán, UNAM. Ha expuesto en el Centro Cultural
Mexiquense Bicentenario, en el Centro Cultural
Chimalpahin, en el Centro Cultural de San Mateo
Huitzilzingo, en el Estado de México, y en el Museo del
Paisaje, en Toluca.

📷 eren.ga11

